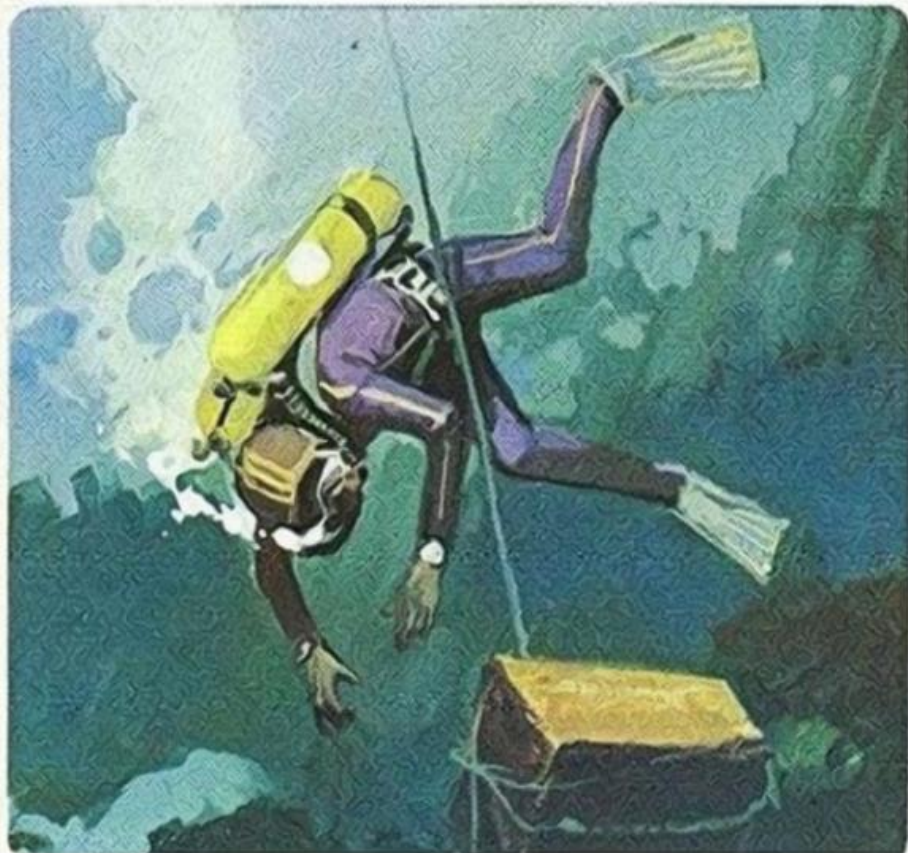




Lou CARRIGAN

BOMBON CON VENENO





eb

LOU CARRIGAN

BOMBÓN CON VENENO

Colección LA HUELLA n.º 102
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 34.251 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta Colección: octubre, 1976

© Lou Carrigan - 1965

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

El cadáver había aparecido flotando muy cerca del Flager Memorial Monument, en Biscayne Bay, justamente en el centro del grupo formado por las Venetian Islands, entre Miami y Miami Beach.

Y lo habían encontrado, cómo no, los componentes de la dotación de una de las lanchas de la U.

S. Coast

Guard. Hubo un par de llamadas telefónicas por la radio de la propia lancha guardacostas, y menos de media hora más tarde otra lancha idéntica llevaba hacia la primera a algunos de los agentes del Departamento de Policía de Miami.

Bien entendido, un tipo que es encontrado sin cabeza, ha sido asesinado. En un caso semejante no se puede pensar en accidente de ninguna clase. Asesinato. Y un asesinato... especial rotundamente.

En estos casos, lo normal siempre es enviar un experto. Un tipo especial que no se asusta por nada, que es capaz de comprenderlo todo. Desde una acción sorprendentemente noble hasta el más abyecto acto humano.

En este caso, el experto en crímenes brutales que el Police Department (P. D.) envió se llamaba Daniel Chambers.

Daniel Chambers medía seis pies bien cumplidos, tenía los cabellos color ceniza, porque para eso era un tipo auténticamente raro, y los ojos de color violeta. Un caso. Un caso apabullante de hombre guapo y que, a la vez, asustaba un poco. Resultaba evidente que tenía un carácter poco sociable; su barbilla era como una punta de roca en un rostro ceñudo, seco, curtido. Había quien decía que Chambers era un tío simpático, pero que aquella simpatía estaba bastante escondida. Igualito que un violín: no hay instrumento más dulce que un violín, pero... hay que saber tocarlo. Si no es así sólo

se consiguen unos sonidos muy desagradables.

Además de todo esto, Daniel Chambers era delgado, seco. Pero, para fastidiar todas las suposiciones, tenía los hombros increíblemente anchos. Un tipo raro, sí señor.

Había saltado a la lancha de los guardacostas que habían encontrado el cadáver sin cabeza y había gruñido:

—¿Cómo dicen que lo encontraron?

—Pues flotando —aclaró el teniente de los guardacostas.

—¿De veras? Creí que estaba pescando.

—Oiga, si está muerto no puede estar pese... Al diablo. ¿Está bromeando?

—Dígame cómo lo vieron.

Estaban meciéndose suavemente sobre las grises aguas de Biscayne Bay. Daniel se acercó a la borda, señalando hacia el agua. El teniente comprendió y se extendió un poco más en la explicación:

—Flotaba boca abajo. Fue fácil de ver, porque llevaba una camisa blanca y destacaba en el agua. Creíamos que se trataba de un ahogado y, por tanto, procedimos de modo rutinario, pero...

—¿Han maniobrado él cadáver en algún sentido?

—En ninguno. Apenas moverlo del agua vimos que le faltaba la cabeza. Entonces lo subimos a bordo... También le faltan las manos.

Daniel soltó otro gruñido y se acercó al cadáver. Se lo quedó mirando con escalofriante frialdad profesional. Un policía debe ser como un médico: no asustarse jamás ante la muerte, mirar los cadáveres con la misma indiferencia con que un barman mira el *whisky* que está sirviendo a un cliente.

No importa que al cadáver le falten las manos y la cabeza... Hay que mirarlo tranquilamente, con sosiego, sin inmutarse... O, al menos, aparentando que uno no se altera por nada, aunque en su estómago haya una loca danza de náuseas.

—¿Había sangre en el agua? —preguntó de pronto.

—¿Sangre? —Se sobresaltó el teniente guardacostas.

—Quiero decir alrededor del cuerpo.

—Oh, no... Lo subimos muy limpio ya. Ni siquiera le brotaba sangre de... de ahí, del... del cuello... Bueno... Ejem... Yo creo que este hombre tiene en su cuerpo menos sangre que un chicle.

Daniel miró torvamente al guardacostas, pero no comentó nada. Estuvo luego unos segundos mirando aquel sorprendente tatuaje

sobre el corazón del decapitado personaje: una araña azulada, pavorosa, con sus numerosas patas tendidas como si estuviese atrapando centenares de moscas para darse el gran banquete. Una feísima araña tatuada sobre el corazón del decapitado individuo.

Finalmente, Daniel se incorporó, se metió un cigarrillo entre los dientes como si fuese a comérselo y miró a sus compañeros de las acciones técnicas.

—Okay, muchachos: a trabajar. Fotos, huellas de los pies. Habrá que identificarlo de algún modo.

Por supuesto, aquel hombre sin manos y decapitado llevaba no menos de setenta y dos horas en el agua. Tres días. Su cuerpo, en efecto, debía tener menos sangre que un chicle, por grotesca que resultase esta frase. Además, la pretensión de encontrar cualquier pista en un cadáver decapitado y sin manos tenía mucho de descabellada. Las fotos tampoco servirían de nada, eso era seguro. Fotos de un cuerpo de hombre sin cabeza y sin manos...

Daniel Chambers estaba fumando pensativamente su segundo cigarrillo asomado a la borda cuando uno de los expertos técnicos se le acercó.

—Todo listo, Dan.

—Bien, Pete. ¿Está esperando la ambulancia?

—Ya salió de la Morgue hacia la base de los guardacostas. Seguro que está rodando en estos momentos por McArthur Causeway... Quizá llegue antes que nosotros incluso.

—Mejor. Dile al teniente que ponga rumbo a su base.

—Okay.

Hacia las ocho de la noche, Daniel Chambers entraba en el despacho de su jefe, Ezequiel de Armond. De Armond era un tipo alto y gordo, calvo, de rostro amable, pero cuyos pequeños ojillos grises podían adquirir una dureza escalofriante.

—¿Me mandó llamar, señor?

—Pasa, Dan. Es sobre el tipo que apareció decapitado cerca del monumento en memoria de la bandera esta mañana... ¿No es un caso tuyo?

—Así es.

—Siéntate y fuma. ¿Has averiguado algo por ahí?

—No, señor. Sin conocer la identidad del cadáver...

—Claro. Bueno, eso llegó ya. Nick Bangs estaba en los archivos

centrales, en Washington.

—¿Nick Bangs? ¿Así se llamaba?

—Sí. En Washington recibieron su ficha hace un par de años, procedente de Seattle, por partida doble: la enviaron la Policía local y la Delegación del FBI...

—Seattle... Demonios, eso está al otro lado del mapa.

—Tan al otro lado que dudo que podamos encontrar en todos los Estados Unidos continentales otro punto más distante de Miami.

—Cierto... ¿Qué había hecho el tal Nick Bangs?

—Porquerías pequeñas... Se metió una noche en un bar cuando acababan de cerrarlo, le abrió la cabeza al dueño y se llevó unos cuanto dólares. Es todo.

Daniel se quedó mirando estupefacto a su jefe.

—¿Y el FBI de allá se metió en esa tontería? —exclamó incrédulo.

—Desde luego que no. Simplemente, como siempre, pidió la ficha de Nick Bangs a fin de archivarla en Washington. Rutina, va sabes.

—Sí... Ya sé. ¿Cómo fue identificado ese cadáver sin manos y sin cabeza?

—Por el tatuaje.

—Ah... Sí, claro... Supongo que la ficha del tal Bangs, además de constar en los archivos de Washington por fotografías y huellas, estaba también definida por señales especiales, como puede considerarse ese tatuaje de una araña hambrienta sobre el corazón... ¡Brrr! Hay tipos que tienen unos gustos en verdad truculentos, señor.

—En este mundo encontrarás de todo..., menos monedas de oro por la calle. ¿Quieres el caso, Dan?

—Vaya pregunta... ¿No es mío desde el principio?

—Es un caso sórdido, poco brillante. Y muy difícil. Quizá deberías dejarlo en manos menos... expertas, mientras esperas algo más... brillante, más digno de ti, de tu talento. ¿Qué opinas?

—¿Usted qué cree?

—Okay... —sonrió De Armond—. Bueno, el caso es tuyo, para ti sofíto.

—Gracias. ¿Qué más hay sobre ese Bangs?

—Nada más.

Daniel se mordió los labios.

—¿Nada más? Pero...

—Ya te he dicho que es un caso difícil, sin posibilidades de que un investigador demuestre su talento. Un tipo que estuvo preso en Seattle, que salió libre hace medio año... y que ha aparecido decapitado en Biscayne Bay (Miami). Puedo facilitarte el informe del forense, claro.

—No servirá de nada, pero le escucho.

—Pues lo decapitaron y lo tiraron al mar.

Chambers se quedó mirando hoscamente la irónica sonrisilla de su jefe.

—¿Y qué más, señor?

—¿Qué más?

—Claro. Ese hombre llevaba muertos tres días a lo sumo. Teniendo en cuenta que no se ahogó, sino que ya estaba muerto y bien muerto al caer al agua, es muy poco probable que haya subido a la superficie tan pronto; me parecería bien si su cuerpo hubiese sido encontrado en una playa llevado por las corrientes... Pero no tenía por qué flotar en el centro de la bahía...

—Eres un lince... —rió De Armond—. Bueno, sobre eso voy a darte la explicación del forense. Él está de acuerdo en eso de que lo mataron hace tres días más o menos. Y ocurrió una cosa: como quiera que le cortaron la cabeza, parece ser que precisamente por la tráquea, seccionada, se fue filtrando agua, hasta convertir a ese hombre en un... una especie de ahogado. Por eso flotó y se hinchó tanto.

—Ya... ¿Eso es todo verdaderamente, señor?

—¿Qué más querrías saber?

—Me gustaría, por ejemplo, tener unas fotografías de ese tal Nick Bangs, señor. ¿Cree que en nuestros archivos centrales de Washington debían tener alguna, además de esta formidable identificación por medio del archivo de tatuajes?

De Armond sacó un sobre, sonriendo.

—Aquí las tienes.

Daniel cogió el sobre, sonriendo también, y sacó las fotografías. Tres. Pura rutina. Una de frente y dos de perfil. Nicks Bangs, el decapitado, no había sido, ciertamente, la clase de hombre al que se mira dos veces. Quizá ni siquiera una sola vez. Cabellos castaños,

facciones regulares, ni feo ni guapo, ni flaco ni gordo... Y, según la descripción, ni alto ni bajo.

—Es una gran ayuda —ironizó Daniel.

—Psé... Ah, Dan, otra cosa: el forense asegura que hubo una cuerda amarrada a los tobillos de Bangs.

Daniel encogió los hombros.

—¿Y qué? Es natural, ¿no? Le atan cualquier peso a las piernas y lo tiran al agua. Podemos suponer que era una cuerda y que, por lo que sea, se rompió... No. Lo más acertado que podemos suponer es que se soltó de los tobillos de Bangs, pues de lo contrario habría quedado un pedazo en ellos. Eso no nos ayuda en nada: es lo corriente.

—Eso me temo. Dan.

Chambers quedó pensativo unos segundos. Luego miró a su jefe, señaló el teléfono y cuando De Armond asintió descolgó el auricular.

—¿A quién vas a llamar?

—A Jerome.

—¿A quién?

—A Jerome Callaghan —sonrió Daniel.

—Oye, deja en paz a ese tipo... Mete las narices siempre en todo lo que...

—Sólo quiero la ayuda de uno de sus gorilas. O de los dos. Jerome no se meterá en el asunto, pero sus amigos Gus y Archie conocen mejor que nadie hasta el más escondido rincón de Miami. Modestamente, señor, debemos admitir que, respecto a la delincuencia y cosas raras de esta ciudad, Jerome Callaghan y sus dos guardaespaldas podrían enseñarnos de la A a la Z.

Marcó el número, esperó unos segundos y sonrió al oír el gruñido al otro lado.

—Hola, Archie. ¿Está tu patrón? Soy Dan Chambers.

—Veré si está el patrón.

Estaba. Daniel oyó el chasquido de un conmutador y supo que Callaghan había puesto en funcionamiento el *speaker*-phone, para hablar desde su sillón permitiendo al mismo tiempo que sus inseparables amigos Gus y Archie se enterasen de todo.

—Hola, Dan. ¿Qué es de tu vida? —saludó.

—Jerome, ¿puedes ayudarme?

—¿Yo a ti?

—Seguro que sí... —rió Daniel—. Necesito que me prestes a Gus y Archie... ¿Me los prestas?

—¿A quién tienen que encontrar? Puedes hablar, pues te están escuchando impacientes. Hace días que no me meto en ningún lío, y mis niños se aburren de lo lindo... Adelante, Dan.

—Diga, señor Chambers —se oyó la voz de Gus—. Soy todo oídos.

Se oyó una risotada por el teléfono, y enseguida la voz de Archie:

—¡Quiere decir que es todo oído! Sólo uno. La otra oreja parece un rábano pisado.

—¡Habló el gorila! —Se oyó a Gus—. No eres más que un pedazo de carne con muchos pelos sucios...

—Gus, por favor... —cortó Daniel—. Esperad unos segundos para pelearos como hacéis siempre. Escuchad... Si Jerome no os necesita, tenéis que encontrarme a un tipo llamado Nick Bangs. Mejor dicho: tenéis que enteraros de dónde estaba viviendo aquí, en Miami.

—¿Se largó ya?

—Al otro mundo. Le cortaron la cabeza, Gus. Te voy a dejar copias de unas fotografías aquí en la Delegación. Las pasáis a buscar. También os dejaré un pequeño informe sobre el tal Bangs, y os pido que hagáis un esfuerzo, Gus, Archie... Tengo que saber cuanto antes con quién se relacionaba o vivía...

—Ya sabemos de esas cosas. Cuente con ese informe. Y cuando encuentre al tipo que ha decapitado a ese Bangs no lo meta entre rejas sin avisarme, señor Chambers.

—¿Por qué?

—Porque le pediré que haga lo mismo con este gusano injertado de gorila peludo que tengo delante. Supongo que esto corre prisa, ¿eh?

—Mucha, Gus.

—Pues empezamos ahora mismo el asunto.

—Gracias, Gus; hasta otra. Jerome, ¿estás ahí?

—Claro —se oyó la simpática voz de Jerome Callaghan.

—No te metas en esto. Sólo quiero el informe de Gus y Archie; voy a movilizar a todo el mundo. Te pido ayuda... Nos prestamos

los confidentes, eso es todo. ¿Entendido?

Se oyó un cómico bostezo por el teléfono.

—Queda tranquilo. Dan: estoy de vacaciones.

—Es el mejor chiste que he oído en mi vida. Adiós, Jerome.

—Adiós, Dan. Suerte.

Chambers colgó y se quedó mirando a su jefe, que gruñó:

—Esperemos que Callaghan cumpla su palabra y no se meta en esto, Dan. ¿Qué más piensas hacer?

—Recurrir a mis propios soplones. A los nuestros, se entiende, señor.

—Pues cuanto antes, mejor. Es un caso vulgar y horrendo, pero dudo muchísimo que pueda resolverse. Un caso sin brillo, Dan. Mereces algo mejor, pero un policía debe adaptarse a todo. Adelante.

CAPÍTULO II

Veinticuatro horas más tarde, habiendo dormido solamente un par en aquella noche pasada, Daniel M. Chambers se dejaba caer en la cama de su apartamento, suspirando de cansancio y desaliento. Encontrar a un asesino entre las varias personas que se hayan relacionado con la víctima no es cosa fácil. Encontrarlo cuando ni siquiera se sabe con quién trataba la víctima, ni dónde vivía, ni qué hacía, es un sueño de tono negro.

Daniel suspiró de nuevo, encendió un cigarrillo, se quitó los zapatos y se echó hacia atrás en la cama. No quería dormirse, pero...

Se incorporó bruscamente cuando sonó el teléfono. El cigarrillo que había encendido segundos antes estaba en el suelo convertido en un montoncito de ceniza gris-blanca... ¿Unos segundos antes? Cuando miró su reloj se dio cuenta de que se había quedado dormido durante más de dos horas.

Bueno, lo cierto era que se sentía más despejado.

Metió los pies en los zapatos y se fue hacia el pequeño *living* donde estaba el teléfono. Descolgó el auricular.

—¿Hola?

—¿Es usted, señor Chambers?

—¡Gus! Por el amor de Dios... ¿Has encontrado algo?

Oyó la risotada de Gus «Ugly» Skinner.

—He visto a un par de los soplones dando tumbos por ahí, señor Chambers. Le están pasando apurado...

—Gus...

—Está bien. Tome nota. ¿Vale?

—¡Vale, vale!

—Nick Bangs. Apartamento M en el edificio número ciento

cuarenta y cuatro de Dunnah Boulevard, en Miami Shores.

—¡Estupendo, Gus, buen trabajo! ¿Hay... algo más?

—No... Excepto recomendarle que se ande con cuidado.

—¿Por qué? ¡Gus! ¡¡Gus!!

Pero el simpático guardaespaldas del famosísimo Jerome Callaghan había colgado ya. Daniel comenzó a maldecirle, llamándole de gusano para arriba; pero se dio cuenta de que era mejor dedicar su esfuerzo a otras cosas. Lo primero que hizo fue apuntarse la dirección que le había proporcionado Gus Skinner.

Luego se quedó sin saber qué hacer unos segundos. Se abalanzó hacia el teléfono y marcó el número telefónico que más veces había marcado en su vida.

—Con el capitán De Armond, pronto.

—Muy bien.

Ezequiel de Armond atendió enseguida y personalmente la llamada.

—¿Dan?

—Señor, soy... Oh, ya lo sabe... ¡Tengo una pista!

—¿Sobre Nick Bangs?

—¡Claro! Envíeme...

—¿Quién te la ha proporcionado?

—Uno de los gorilas de Jerome. Señor, envíeme inmediatamente a Pete y a Sim con un coche al ciento cuarenta y cuatro de Dunnah Boulevard, Miami Shores. Apartamento M. Yo salgo para allí ahora mismo.

—De acuerdo. Dan. Buena suerte.

—¡Gracias, señor!

Colgó, se quedó de nuevo como si no supiese ni dónde estaba y otra vez reaccionó rápidamente. Fue al dormitorio, se colocó los atalajes con la funda y repasó la 38. Bien. Se puso la chaqueta y salió a toda velocidad del apartamento. En la calle llamó a un taxi, se metió dentro y dijo simplemente:

—Dunnah Boulevard, Miami Shores.

El coche de la Checker Taxi^[1] se lanzó a buena velocidad Biscayne Boulevard arriba.

¿Qué habría querido decir Gus Skinner al recomendarle que anduviese con cuidado?

Tardaron veinticinco desesperantes minutos en llegar al cruce de

Dunnah Boulevard con la 79 Nordeste, que se convertía en North Bay Causeway al llegar a la playa, y, pasando sobre las islas de North Bay Village, llevaba a Normandy Shores, ya en Miami Beach. Seguro que desde las terrazas de los edificios de Dunnah se podían ver en el mar las luces de los yates del Pelican Harbor Yacht Club...

Lo cual quería decir que Dunnah Boulevard no era un mal lugar. Tenía buenas vistas y aire yodado...

Recorrió a pie la distancia hasta el número 144. Era un edificio no muy nuevo de apartamentos. Pero no cabía duda de que era de cierta categoría. Las puertas eran de cristales y había plantas a ambos lados del portal. Un farolillo giratorio de cuatro colores lanzaba pinceladas hacia la reciente noche.

Entró, dirigiéndose directamente hacia los casilleros. El apartamento M estaba en el cuarto piso, y, efectivamente, allá estaba el nombre de la víctima: Nicholas Bangs. La policía podría haber llegado a encontrar aquello, pero... ¿en cuánto tiempo?

El portero del edificio le estaba mirando en silencio. Daniel fue hacia él y le mostró su placa.

—Quiero la llave del apartamento M —dijo.

—¿Trae la orden?

—Llegaré dentro de unos minutos con dos de mis hombres. Vamos, no me haga perder el tiempo.

El portero encogió los hombros. Le entregó una llave y se dispuso a acompañarle.

—No le necesito.

Se fue al ascensor, entró y pulsó el botón del cuarto piso. Salió al pasillo, buscó el apartamento M. Introdujo el llavín en la cerradura y entró.

Dio la luz.

—Demonios...

Inmediatamente, con aquella intuición que había hecho de él un buen policía, comprendió que Nick Bangs no era simplemente un hampón que había sido asesinado y quitado de la vista por el expeditivo procedimiento de tirarle a la bahía. Había allí algo que podía ser importante..., que tenía que ser importante.

A menos que él estuviese soñando y no fuese cierto que el apartamento estaba vuelto al revés. Pero no. No estaba soñando, sino bien despierto.

El piso del apartamento estaba lleno de revistas, camisas, zapatos, algunos libros... Los sillones habían sido destripados y estaban volcados, así como el sofá. El mueble-bar había sido apartado de la pared... Desde allí se veía el dormitorio; la puerta estaba abierta, de modo que se podía apreciar allá dentro el mismo desorden que en el *living-hall*. Entró, echó un vistazo por encima a aquel cataclismo y volvió a salir. También entró en el cuarto de baño, que estaba igualmente desordenado. Por último, fue a la cocina, cuya puerta era la única que se veía cerrada.

Empujó la puerta, que cedió fácilmente, hacia dentro... Y cuando estaba dando el primer paso hacia el interior de la cocina la puerta regresó hacia él con terrible violencia. Recibió el golpetazo en medio de la cara y saltó hacia atrás, manoteando en un intento de conservar el equilibrio. Justo cuando parecía que lo iba a conseguir sus pies se enredaron en alguna de las muchas cosas que había en el suelo y cayó, por fin, de espaldas.

Le pareció ver como un chispazo azul en la cocina y al instante la luz del apartamento se apagó.

Oyó pisadas precipitadas, pesadas, y dos sombras salieron de la cocina a toda velocidad. En seguida, algo de luz entró por la ventana de la cocina, al quedar la puerta despejada.

Daniel había sacado ya su pistola y estaba empezando a conminar a los dos hombres, cuando un puntapié se la quitó de la mano. Estaba claro que los dos hombres querían escapar de allí y que no pensaban utilizar las armas, pues de ser así allí habría acabado la carrera de Daniel M. Chambers.

Éste consiguió sujetar un pie a uno de los hombres y lo derribó cuando el otro estaba abriendo ya la puerta del apartamento. El hombre lanzó un grito de aviso y se revolvió furiosamente contra el agente del Police Department.

Un directo en plena boca le hizo comprender que el policía no pensaba andarse con pamplinas, de modo que recurrió también a toda su fuerza. Un rodillazo hizo saltar a Chambers por encima de él, con tan mala fortuna que fue a quedar justo entre los pies del otro, que tras cerrar de nuevo rápidamente la puerta regresaba al lugar de la pelea.

La consecuencia fue un patadón que alcanzó a Daniel en el hombro y lo tiró hacia atrás, con las piernas dobladas bajo su

cuerpo.

Pero rebotó.

Rebotó con el tiempo justo de evitar otro patadón, que iba dirigido, con auténticas malas intenciones, hacia su cara. Quedó en pie cuando el hombre todavía estaba recuperando el equilibrio perdido al fallar el golpe.

Daniel lo agarró con una mano por una solapa y le metió el otro puño en el estómago con toda la rabia que le ocasionaba el dolor de los golpes recibidos.

—¡Agf...!

Repetió el golpe en el mismo sitio, hundiendo de nuevo el puño hasta el mismísimo codo, y de nuevo recibió en el rostro el aliento del tipo golpeado... Del poco aliento que le quedaba.

Pero...

Pero recibió un trastazo tal en la cara, por detrás, que se le doblaron las piernas como si fuesen muelles. Cayó de rodillas, viendo cientos de estremitas y oyendo canto de pajaritos.

¡Clock!

El segundo golpe, de nuevo en la cabeza, llevó a Daniel a darse una vueltecita por los negros espacios del sueño.

Gimió cuando la luz le dio de lleno en los ojos. Los cerró de nuevo rápidamente. La cabeza todavía le daba vueltas y tenía la impresión de que si la movía se le iba a caer a pedacitos.

—¿Quién está conmigo? —farfulló.

—Somos nosotros, Pete y Sim. ¿Qué pasó?

—Eso... me pregunto yo...

—Cuando llegamos la luz estaba apagada, la puerta abierta... Encontramos la avería y la arreglamos.

—¿Qué avería?

—Los hilos de la cocina estaban rotos, arrancados. Pero los hemos empalmado y hemos cambiado los fusibles del apartamento.

—Claro... Pete, llevadme al cuarto de baño. Ayúdame.

—Muy bien, Dan.

Sin abrir los ojos, Daniel alzó una mano. Encontró la otra, que le ayudó a ponerse en pie. Siempre con los ojos cerrados, guiado por el otro detective, llegó al cuarto de baño.

—Ponme las manos en el grifo, Pete.

—Seguro.

Pete McClure obedeció. Entonces Daniel abrió el grifo, metió la cabeza bajo el agua y estuvo así casi durante un minuto. Sólo entonces se atrevió a abrir los ojos, poco a poco.

—¿Te sientes mejor, Dan?

—Me siento fatal, Pete.

—¿Con quién peleaste? ¿Con un rebaño de elefantes?

—Creo que sólo eran dos... Dame algo con que secarme.

—¿Te va bien una toalla?

Daniel se secó. Luego, ya abiertos del todo los ojos, se miró al espejo y frunció el ceño. Estaba algo pálido. Afortunadamente, los baños de sol que tomaba siempre que podía largarse a la playa no permitían que su aspecto fuese del todo malo.

Se peinó y salió del cuarto de baño, dolorido, zumbando su cabeza, pero dispuesto a continuar trabajando. Había un agente de uniforme en la puerta del apartamento, que se hallaba cerrada. Seguro que afuera había otro agente. Sim Shee merodeaba por allá, mirándolo todo. Al verle salir le sonrió.

—¿Cómo va eso?

—Bien... mal. ¿Habéis encontrado algo interesante?

—No hemos tocado ni registrado nada. Estábamos esperando tus órdenes, Dan.

—Bueno, pues ya las tenéis... ¿Habéis traído la orden?

—Claro.

—Alguien removió ya esto, pero nosotros lo vamos a remover todavía más. Seguramente fueron los dos tipos que...

Les contó a sus dos hombres lo que sabía y luego quedó pensativo hasta que Shee hizo precisamente la pregunta que estaba dando tumbos en la maltrecha cabeza de su compañero:

—¿Qué vendrían a buscar?

—Cualquiera sabe... Pero, lo que sea, no lo encontraron, Sim.

—Bueno, es posible... Si lo hubiesen encontrado es seguro que se habrían largado antes de que llegases. Debiste atraparlos en pleno registro, se escondieron en la cocina a toda prisa al oír la puerta, y cuando tú quisiste entrar allá te derribaron golpeándote con la puerta de la cocina... Y quisieron escapar. Pudieron haberte matado.

—No querían hacerlo.

—Si esos tipos están relacionados con lo de Nick Bangs, como

debemos suponer con buenos motivos, es extraño que tuviesen reparos en liquidarte.

—A menos —apuntó Daniel, en un susurro— que me conociesen. En cuyo caso, no quisieron complicarse la vida matando a un policía, Sim.

—Es posible, Dan, es posible... Bien: ¿qué dices? ¿Empezamos a registrar esto? ¿O mejor esperamos primero a, los de Huellas?

—Será mejor que esperemos a los de Huellas, sí... Aunque no los creo tan tontos como para dejarlas. Juraría que llevaban guantes... Mi pobre cabeza... Bueno, al asunto.

A las tres y media de la mañana. Pete McClure se acercó a Daniel con una botella de cerveza en una mano, alzándola.

—¿Un trago? Con esta noche calurosa...

—Es mejor que te olvides de eso, Pete.

—Oh, no... Ya verás cómo te gusta mucho esta cerveza... Me apostaría el cuello.

—Y yo también —dijo Shee, apareciendo con un vaso.

Daniel conocía ya a sus compañeros bastante bien. De manera que todo lo que hizo fue aceptar el vaso de Sim Shee, y la cerveza que Pete McClure escanció en aquel vaso.

No hacía falta un oído especialmente fino para oír, por encima del gorgoteo de la cerveza, el tintineo metálico de algo dentro de la botella. Y cuando ésta quedó vacía, y Pete la colocó al trasluz, tampoco hacía falta una vista especial para ver el llavín que había dentro.

Daniel sonrió y bebió un sorbito de cerveza. Inmediatamente puso cara de asco y miró el líquido con absoluta repugnancia.

—Demonios... Sabe a... a demonios.

—No es extraño —rió Pete—. La botella estaba en el refrigerador, pero abierta, destapada. Ya sabes lo que pasa con la cerveza en estos casos: se pone que revuelve las tripas. Eso lo saben hasta niños que sólo beben leche. Entonces, me pregunté por qué un hombre ya madurito dejaba destapada una botella en el refrigerador. Y la miré bien. ¿De dónde será esa llave?

Chambers cogió la botella y se fue a la cocina. Obtuvo la llave por el simplísimo procedimiento de romper la botella. La recogió y se la quedó mirando atentamente, hasta que, poco a poco, una de sus poco frecuentes sonrisas de hombre simpático apareció en sus

labios.

—Pete: ¿hay más cerveza en ese refrigerador?

—¿Quieres más llaves? —rió su compañero.

—No. Ahora sólo quiero cerveza. Vamos a celebrarlo.

—Estupendo.

—Dejad ya de buscar. Esto es lo que necesitamos, lo que aquellos dos tipos no supieron encontrar. ¡Ah, la plebe...: creen que ser policía es algo tan sencillo como tener cara de pocos amigos!

Sim y Pete rieron. Tete asaltó el refrigerador, y Sim fue a buscar a los dos agentes, que todavía estaban registrando minuciosamente el apartamento. Reunidos los cinco policías en la cocina, se bebieron las tres botellas de cerveza que quedaban, y, por último, Chambers alzó la llave.

—¿Conocéis el cuento de

Alí-Babá

y los Cuarenta Ladrones, muchachos?

—¿Quién no?

—Pues esta llave es algo así como el «¡Oh, Sésamo, ábrete...!». Sólo que en un caso de asesinato... Que me pase lo mismo que a Nick Bangs si esto no es la llave de una caja de alquiler.

—Tendremos que saber qué caja es ésa, ¿no, Dan?

—Santo Dios —suspiró Daniel—: me temo que sí.

Lo supieron a las diez de la mañana.

Dan Chambers abrió el compartimento, y sacó la caja metálica que había dentro.

—Espero que no sea una bomba —sonrió.

La abrió. No estalló, no era una bomba. Por lo menos, en el sentido exacto de la palabra.

Pete y Sim lanzaron un silbidito de asombro.

—¡Mi madre! —exclamó Pete.

—¡Y la mía! —musitó Sim—. Espera a que el capitán De Armond vea esto...

CAPÍTULO III

El capitán Ezequiel de Armond se rascó la calva y, apartando la mirada de los cincuenta mil dólares que había contenido la caja, dedicó mayor atención a los papeles. Eran, exactamente, tres sobres, en cada uno de los cuales había un nombre y una dirección. Dentro de los sobres, nada.

—¿Y bien, Dan? —susurró.

—Nosotros conocemos a una de las tres personas cuyos nombres nos ha legado Nick Bangs, señor.

—Cierto —De Armond cogió aquel sobre—: Alwin Gennerich es bien conocido en Miami y Miami Beach. Por lo general, todos los millonarios residentes son bien conocidos. Otra cosa sería si se tratase de uno de esos turistas que llegan a montones a divertirse aquí. Pero el nombre de Alwin Gennerich no admite dudas. ¿Qué clase de relación podía existir entre un tipo como Bangs y un millonario como Gennerich?

Daniel encogió los hombros.

—Opino que la única persona que nos lo puede aclarar es, precisamente, el señor Gennerich, señor. Mmmm... Bueno, quiero decir la única persona a la cual podemos recurrir, por el momento.

De Armond torció el gesto.

—No me gusta meterme con esa gente, Dan. Son orgullosos, poco dados a... conferenciar con la policía. Tienen un exceso de lo que se llama susceptibilidad.

—Esto es un caso de asesinato, ¿no?

—Lo es... —musitó De Armond—. Vaya, el tal Bangs era un tipo afortunado, ¿eh? Nada menos que cincuenta mil dólares. ¿De dónde sacaría tanto dinero un tipo que hacía seis meses que acababa de salir de la cárcel?

—Seguro que no fue asaltando un bar y rompiéndole la cabeza al propietario.

—Seguro que no —admitió De Armond—. Está bien, Dan, ve a visitar al señor Alwin Gennerich. Será muy fácil encontrar su dirección en cualquier guía telefónica. Mientras tanto, veremos si localizamos a esas otras dos personas cuyos nombres están en los otros sobres. Esto... ¿Miraste si estaban en la guía?

—Claro.

—Y no estaban.

—No.

—Esto se está complicando... Una cosa: miraremos bien en nuestros archivos. Si esos dos nombres no están allí, tendremos que recurrir a la central en Washington, o a los del FBI...

—Son buenos chicos —sonrió Daniel—. Bueno, me voy a visitar a Alwin Gennerich. Como a usted también le será fácil encontrar su nombre en la guía, me llama a su domicilio si encuentran algo interesante.

—De acuerdo. ¿Te llevas a Pete y Sim?

—No. Los dejaré aquí, para que busquen a los otros dos personajes. El señor Gennerich se molestará menos si ve a un solo hombre que si varios invadimos su casa.

—Es una buena idea. Adelante, Dan.

Daniel Chambers torció el gesto cuando vio la «casa» de Alwin Gennerich. Era una quinta moderna y grande, en plena Flamingo Drive, con playita en el Indian Creek. Una quinta de esas que utiliza el Departamento de Publicidad y Turismo de Miami para que el mundo vea la ciudad de color de rosa. Parecía talmente la fotografía de un folleto turístico; verjas, flores, palmeras, setos, grandes extensiones de césped, piscina, dos pistas para tenis... Y la casa, de cristal y ladrillos rojos, como centro de aquella maravilla. Tenía dos pisos, con garden-terrace en la planta y terrazas volantes en el de arriba.

Instintivamente, Daniel se arregló la corbata, y se sacudió un poco el traje, antes de tirar de la cadenita. No oyó nada, pero, casi enseguida, un hombre apareció por un lado de las verjas, caminando parsimoniosamente hacia allí. Por entre las palmeras y los setos, Chambers vio la construcción destinada a portería, entonces.

El hombre llegó ante él, y, desde el otro lado de la verja, inquirió:

—¿Diga, señor?

Daniel mostró su placa.

—Quisiera hablar con el señor Gennerich. Es importante.

El portero miró su reloj. Eran las once y media, de modo que podía considerarse una hora aceptable para la visita de la policía. Abrió la verja y Daniel entró.

—¿Quiere venir, por favor?

Siguió al portero hasta su morada y esperó mientras el hombre hablaba por un teléfono interior. Cuando salió, señaló a Daniel un senderillo que discurría románticamente entre hermosas y palmeras.

—Hacia la piscina, por favor. Le atenderán por el camino.

—Gracias.

Echó a andar por aquel camino. Aquello era vida. Poseer una quinta como aquélla debía quitarle las penas a cualquiera..., y en el supuesto de que se pudiesen tener penas. Encendió un cigarrillo mientras caminaba, con pasos sueltos, cómodos, sobre la roja tierra fresca. Debía hacer poco que habían regado...

Otro hombre apareció muy pronto por el camino. Llevaba un chaleco listado, brillante, y cara de no inmutarse por nada. Daniel le colocó de buenas a primeras su placa ante las narices.

—Sígame, señor. El señor Gennerich ha sido avisado de su visita y le ruega que le espere unos minutos.

—Por supuesto.

—Puede usted elegir, dice el señor Gennerich, entre esperarle en la biblioteca o en la terraza de la piscina.

—Tomaré un poco el sol —sonrió Daniel—. Muchas gracias.

Llegaron pronto a la terraza de la piscina, cuyas aguas brillaban increíblemente azuladas al radiante sol matutino. Había unas cuantas palmeras muy cerca de la piscina, por uno de los lados largos. Por el otro, se había habilitado a todo tren una terraza de mosaico, con seis parasoles, tumbonas de tubo de aluminio, mesitas redondas. Cerca de una punta de la piscina había un bar, pegado a la fachada de la casa. Todo estaba lleno de verdor refrescante, de flores, de buenos aromas, de silencio, de paz...

—El señor Gennerich vendrá enseguida, señor. Si desea algo...

—Nada, gracias.

El criado inclinó ligeramente la cabeza y se alejó.

Así, Daniel Chambers pudo dedicar por entero su atención a la mujer que había en una de las mesitas cobijadas bajo uno de los seis parasoles.

Ella le había mirado una vez, pero había vuelto inmediatamente su atención a unos papeles que tenía sobre la mesa. En ésta, un vaso grandioso contenía alguna bebida que Dan no podía identificar desde su lugar.

Despacio, como quien no quiere la cosa, Daniel se fue acercando a la mujer. Cuando estuvo a menos de 1 seis yardas de ella, justamente al lado de otro parasol, ella le volvió a mirar, a través de los cristales de sus gafas de montura negra. Daniel sonrió un poquito y dijo:

—Buenos días...

Ella también sonrió, y el policía se sintió, de pronto, como en la cubierta de un buque pillado de lleno en un tifón.

—Buenos días. ¿Espera al señor Gennerich?

—Sí...

—Ah...

La mujer dedicó de nuevo su atención a los papeles que tenía ante ella.

Daniel se acercó un poco más. Ella debía saber que la estaba mirando, seguramente, pero seguía con lo suyo. El policía le calculó veintitrés años. Tenía el caí bello rubio claro, y lo llevaba muy cortito, de modo que se le veía perfectamente el maravilloso cuello dorado por el sol. Vestía unos *shorts* rojos y una blusita negra. Sus piernas obligaron al federal a tragar saliva. Y la delicada forma del erguido busto le dejó sin saliva para tragar. Por calzado llevaba unas simples tiras rojas cosidas a una suela. El rostro era redondito y la barbilla hacía perfecto juego. La boca era algo grande, llenita, tierna como la de una niña. Y a pesar de las gafas, los enormes ojos podían dejar sin aliento a cualquiera.

Eran... Vaya, el mundo es un cascarón de nuez... Sí, señor: los ojos de aquella muchacha eran de color violeta, como los del propio Daniel M. Chambers. Pero más grandes, más claros, más bonitos, más...

Un bombón.

Ella levantó de nuevo la cabeza, la agitó un poquito, moviendo

su melenita, y preguntó:

—¿Por qué me mira tanto?

—Eeeh... Oh, no sé... Perdone.

La muchacha se quedó con la boca abierta. Lo miró por encima de las gafas, pero por fin optó por quitárselas, para mirar directamente al policía, todavía sorprendida.

—¿Que le perdone?

—Claro... no quisiera haberla... molestado...

—Vaya... Es usted muy correcto, señor...

—Emm... Daniel Chambers..., del P. D.

—¿De qué? Acérquese un poco más. Así podrá contemplarme más a sus anchas —sonrió, y de nuevo Daniel se sintió como a bordo de un barquichuelo atrapado de lleno por un tifón—, y yo podré oírle mejor.

Dan se acercó más. Quedó a menos de cuatro pies de la muchacha, a cada instante más deslumbrado por aquella delicada belleza jamás vista.

—Daniel M. Chambers, del Police Department.

—Oh... ¿Alguien de esta casa ha cometido algún delito?

—Bueno..., no lo creo.

—Menos mal —ella suspiró graciosamente—. ¿Puedo yo servirle de algo? Quizá no sea necesario molestar al señor Gennerich. Está...

—sonrió otra vez, con las ya conocidas consecuencias para Daniel —. Está dándose su masaje diario..., para conservarse joven.

—Ah... Oh, muy bien... No tengo demasiada prisa.

—¿No quiere sentarse?

—Me parece que usted está ocupada...

—Ya terminé. Me llamo Emily Regan. Soy la secretaria particular del señor Gennerich. Por eso le he dicho que si puedo servirle en algo... ¿No se sienta?

—Gracias.

Daniel se sentó en una de las sillas de tubo de aluminio, mirándose los zapatos. Cuando alzó la cabeza, ella hizo lo mismo, pues asimismo había mirado sus zapatos. Había una sonrisita irónica en su amorosa boquita.

—¿Quiere beber algo?

—No, gracias.

Ella señaló su vaso.

- Sólo es tónica con jugo de piña.
- Se lo agradezco, pero no.
- Como quiera... Hace calar, ¿verdad?
- Sí... Mucho calor.
- Es propio del verano.

Daniel miró críticamente a la muchacha. Era evidente que ella se estaba burlando un poco de él, quizá porque lo había visto bastante tímido. Pero Daniel se iba recuperando de los primeros instantes de estupefacción ante tanta hermosura, y el barco estaba saliendo de la zona del tifón.

—Sí, es propio del verano. Y en invierno hace frío. No aquí, en Miami, claro, pero sí en Groenlandia..., por ejemplo.

—¿Ha estado en Groenlandia? —sonrió ella.

—No. Pero por Navidades un amigo mío, esquimal, me envía de allá una foca metida en un pequeño iceberg. Eso debe querer decir que allá hace frío... en invierno.

Emily Regan se mordió los labios, a punto de soltar la carcajada. Pero, de pronto, quedó seria, mirando hacia la casa. Daniel miró hacia allí todo lo discretamente que le fue posible, y vio a la pareja que se acercaba. Un hombre y una mujer, ambos envueltos en su albornoz.

Miró de nuevo a Emily y sugirió:

—¿Usted no se baña? Si ya ha terminado su trabajo...

—Es una buena idea... —admitió ella—. Creo que me daré ahora un buen baño.

Se puso las gafas al tiempo que se levantaba de la silla. Daniel preguntó:

—¿No ve bien?

—Oh, muy bien.

—Entonces, ¿por qué lleva gafas?

—Para descansar la vista.

—Entiendo. Vista cansada, ¿no?

—Sí.

—Quizá trabaja demasiado.

—No es eso. Si tengo la vista cansada es de mirar a personas que no me gustan.

Daniel quedó poco menos que turulado.

—Si la he molestado, le ruego que me perdone. Mi intención...

—No me ha molestado, señor Chambers.

—Bueno... Como ha dicho que...

—Olvídelo. Bueno, creo que iré a cambiarme para darme un baño. Adiós.

—Adiós...

Pero, en aquel momento, la pareja llegaba junto a ellos. Los dos sonreían. Parecían muy alegres, muy felices.

—Hola, Emily... —saludó la mujer—. ¿Y papá?

—Le están dando su masaje diario. Voy a cambiarme para darme un baño.

El hombre miró un instante a Chambers y luego a la secretaria del millonario.

—¿Ocurre algo, Emily?

—No lo sé... —ella señaló a Daniel y presentó desganadamente —: El señor Chambers es del P.

D. Ha

venido a ver a... a tu padre, Gatty.

La muchacha miró con más interés a Daniel.

—¿A mi padre? ¿Ha pasado algo malo?

Daniel la estaba mirando a ella, a Gatty, Gertrude, Gatty para los íntimos, al parecer. Y Emily Regan era tan íntima que incluso tuteaba a la hija de su jefe. Gertrude Gennerich también era rubia, pero de un tono algo más oscuro que Emily. Su belleza podía compararse sin gran desventaja con la de la secretaria, aparte de que tenía los ojos azules y la boquita más pequeña y redondeada. Del cuerpo poco podía saberse, por culpa del albornoz.

El hombre que Gertrude Gennerich tenía al lado, era un auténtico muchacho guapo, algo ceñudo, viril. Cabellos cobrizos, ondulados, y ojos claros, que contrastaban agradablemente en el tostado rostro enérgico y correcto. Parecía inteligente y resuelto, y, a pesar del albornoz, de él podía notarse que tenía los hombros muy anchos y la cintura fina. Un atleta, sin duda alguna. Quizá tendría veintiocho o treinta años, la edad aproximada de Daniel Chambers. En cuanto a Gertrude Gennerich, no parecía que hubiese dejado muy atrás los veinte.

—Sólo quiero charlar unos minutos con su padre, señorita Gennerich —sonrió Daniel, cortésmente.

Emily Regan soltó una risita y dijo:

—Voy a cambiarme.

Se alejó, con un caminar de muñequita con cuerda. Daniel la estuvo mirando unos segundos, y, por fin, dedicó su atención a la hija de Alwin Gennerich.

—Bien... No sé de qué se ha reído la señorita Regan... Supongo que habré dicho alguna tontería.

—No se preocupe demasiado... —sonrió amablemente Gertrude—: usted no tiene obligación de saber que no soy señorita, sino señora.

Daniel miró vivamente al hombre del albornoz.

—Bueno... Claro, no sabía...

La simpática rubita le señaló dulcemente.

—Él es Jonah Hartwell. Y yo soy, ahora, la señora Hartwell, señor Chambers.

—Oh, claro... Bien, disculpen...

—¿Por qué se preocupa tanto? —rió Jonah Hartwell—. Gatty ya le ha dicho que usted no tiene obligación de saber que estamos casados. ¿Ha venido a ver a mi suegro, no es así?

—Sí.

—¿Le servimos de algo nosotros?

—De momento..., creo que no.

—Pues buenos días, señor Chambers. Nos vamos a nadar. ¿Quiere disculparnos?

—Por supuesto...

Los dos se alejaron hacia otra de las mesitas y se quitaron el albornoz. Daniel contuvo con dificultades un silbido cuando vio a Gertrude Hartwell en maillot. ¡Demonios...!

Se sentó, y, distraído, bebió del vaso que había dejado Emily Regan. Estaba bueno. Sacó la silla de bajo el parasol y encendió un cigarrillo. Ah, demonios, hubiese dado cualquier cosa por poder estar allí en *slip*, nadando, tomando el sol, bebiendo tónica con piña... Bueno, por lo menos podía beber tónica con piña. Estaba tan bueno aquello que, sin darse cuenta, vació el vaso en el siguiente trago.

Siguió sentado, cara al sol, cerrando los ojos excepto cuando expelía el humo del cigarrillo. Le encantaba el sol. Dejó caer el cigarrillo, lo apagó con un pie y cerró los ojos. El sol era como una mano cálida y amable que acariciase su rostro...

—¿Se bebió usted mi piña, señor Chambers?

Daniel abrió los ojos, sobresaltado.

—Sí, señorita Regan. Creí que...

Bueno.

Era ella, sin duda.

Allá la tenía en bikini... y sin gafas. ¡Dios...! Daniel M. Chambers estuvo a punto de caer hacia atrás, con la silla.

—¿Qué creyó?

—Yo... yo...

Tenía el cuerpecito dorado, como el cuello. De un dorado color sol como jamás había visto en su vida: dorado de sol, de agua y de brisa.

No era un bombón.

Era un millón de bombones comprimidos en uno.

—¿Le ocurre algo, señor Chambers?

—No... ¡Oh, no! Yo... yo... yo... me bebí su tónica con piña. Lo... lo siento, pero me pareció que usted ya no quería beber más...

—Paciencia... —suspiró ella, amablemente—. Y hasta otra, señor Chambers.

—Sí, sí... Hasta otra...

Ella se acercó al borde de la piscina y se tiró al agua, como un pecesito maravilloso..., ¡como una sirena! Los jóvenes Hartwell nadaban alegremente, chapoteando y riendo, apareciendo y desapareciendo en el agua. Emily Regan nadaba mejor, más juiciosamente. Tenía un estilo suave y fácil, y toda ella brillaba como si el sol se desentendiese de los demás.

A partir de aquel momento, Daniel no pudo cerrar los ojos ni un segundo, manteniéndolos constantemente fijos en Emily Regan... Seguramente, si hubiese estado casada habría sido más discreto, pero puesto que la casada era la otra, la hija de Gennerich...

—¡Ejem...!

Daniel se sobresaltó de nuevo. Consiguió apartar la mirada de Emily, y dirigirla al hombre que acababa de carraspear, detrás de él.

Se puso en pie.

El recién llegado era un hombre como de cuarenta y cinco años, muy bien conservado, interesante, de expresión inteligente y

honrada; estaba muy elegante con sus pantalones blancos, su camisa azul pálido y el pañuelo granate al cuello. Bien afeitado, oliendo a loción cara...

—¿Señor Gennerich?

—Sí. ¿Es usted el policía que me busca?

CAPÍTULO IV

Daniel mostró una vez más su placa y su credencial, presentándose.

—Me llamo Daniel Chambers, señor Gennerich.

Éste miró con atención la placa y la credencial.

—Muy bien —aceptó—. Usted dirá.

—Mmmm... ¿Le parece que nos sentemos?

—Mi tiempo...

—También mi tiempo es oro, se lo aseguro.

—Está bien.

Se sentaron los dos, justo cuando el joven matrimonio Hartwell salía del agua y se dirigían hacia allí, saludando alegremente a Gennerich. Se pusieron los albornoces y llegaron hasta los dos hombres.

—¿Algo grave, papá? —preguntó Gertrude.

—Todavía no lo sé, pequeña. Sentaos los dos... A menos que el señor Chambers tenga algo que oponer...

—No, señor —negó Daniel.

Lo cierto era que estaba no poco distraído, mirando a Emily Regan, que había salido del agua y caminaba hacia la quinta.

—¡Emily! —llamó Alwin Gennerich—. ¿Qué haces?

—¡Voy a vestirme, Alwin! ¡Ya vuelvo!

Gennerich asintió regresando su atención a Daniel, que parecía absorto.

—Le escuchamos, señor Chambers.

—¡Eh...! Oh, sí... Oh, sí, señor Gennerich... Bien, es un asunto ciertamente delicado... ¿Conocía usted a un hombre llamado Nick Bangs?

Tanto Alwin Gennerich como su hija y su yerno palidecieron al oír el nombre. Daniel comprendió que acababa de conseguir una

diana impecable, pero no demostró nada en absoluto.

En cambio, alzó las cejas, con expresión incrédula cuando Alwin Gennerich, todavía pálido, contestó:

—No.

—Eeeh... Señor Gennerich: ¿ha contestado usted que no conocía a Nicholas Bangs?

—No le conocía... ¿Conocía? Querrá decir si le conozco...

—Oh, sí... Bien: ¿le conoce?

—No...

Daniel encendió un cigarrillo, mirando de uno a otro de los tres personajes.

—Señor Gennerich —musitó, expeliendo humo—: usted es una persona respetable y yo estoy en la policía para servir a las personas como usted. Pero, entiéndame, es muy desagradable que a uno le mientan cuando está trabajando en bien de otras personas..., que son, precisamente, las que mienten. Si usted insiste en que no conoce a Nicholas Bangs, no voy a molestarle más... por ahora. Pero más adelante, si algo desagradable ocurre, no olvide que le advertí.

—¿Me está amenazando?

—No, señor. Usted perdone si mis palabras le han hecho creer eso. Bien... En realidad, sí, le estoy amenazando... con lo que le pueda ocurrir por no confiar en la policía. Por supuesto, nada debe temer de nuestra parte. Sin embargo, nosotros no podemos garantizar...

—No siga... ¡No siga! —exclamó Gertrude; y miró angustiada a su padre—. Por favor, papá: díselo.

Gennerich se pasó la lengua por los labios. Vacilaba visiblemente. Miró a Daniel, como intentando descubrir las posibilidades que éste tenía de ayudarle.

—Bien...

—De cuando en cuando, para variar —sonrió Daniel—, los hijos dan algunos buenos consejos a los padres, señor Gennerich. En mi opinión, ésta ha sido una de esas ocasiones.

—Está bien... Sí, conozco a un tal Nick Bangs.

—¿Personalmente?

—Le vi... una vez. Sólo una vez.

Daniel sacó las fotografías.

—¿Es este hombre?

—Sí... Es él, sin duda. Quizá aquí está... algo más joven...

—Con toda seguridad. Estas fotos fueron tomadas hace dos años. Dígame: ¿qué relación tenía usted con Nick Bangs? Y digo «tenía», porque, señor Gennerich, este hombre —agitó las fotos— ha sido asesinado.

Se oyó el piar de algunos pajaritos, y llegó hasta allí, muy débilmente, el zumbido de alguna lancha que debía navegar por Indian Creek. Gennerich y sus hijos habían palidecido de nuevo y se habían mirado rápidamente.

Todo lo que dijo Gennerich, tras pasarse la lengua por los labios, fue:

—Me alegro.

Daniel no se inmutó en absoluto.

—¿Se alegra, señor Gennerich? ¿Por qué?

—Tengo... motivos muy sólidos.

—¿Puedo saberlos?

—¡No!

—Escuche...

—¡Escuche usted! Tuve tratos con Bangs, y lamento eso. Pero me alegro de su muerte, por consiguiente. Ahora bien, si ustedes quieren acusarme de ese asesinato, pues adelante. ¡Adelante! Van a hacer el ridículo más...

—Señor Gennerich: si quisiéramos hacer el ridículo, saldríamos a la calle en calzoncillos. Es un método más seguro, ¿no le parece?

Gennerich se atragantó de pura ira.

—Si ha venido a dárseles de gracioso...

—Estoy «trabajando», señor Gennerich. Sólo eso. Y le agradecería que usted lo comprendiese.

El millonario parpadeó.

—Pues... Está bien, lo comprendo.

—Gracias. ¿Me lo va a contar usted todo, o me voy? Elija.

Gennerich miró a su hija y a su yerno. Los dos estaban asustados, se veía bien claro. Pero ambos movieron afirmativamente la cabeza. Y Alwin Gennerich se dio por vencido.

—Supongo... que tarde o temprano se sabría. Voy... voy a contárselo todo... Quiero creer que, a menos que sea absolutamente necesario, lo que yo le cuente ahora no...

—Haremos todo lo posible por aliviarle a usted de la... publicidad, señor Gennerich.

—Bien... Sí, conocí a Nick Bangs. Hace como un mes... Me llamó una tarde por teléfono y me citó...

—¿Dónde?

—En los Japanese Garden. Ya sabe.

—Sí, sí, ya sé: en Watson Island, cerca del Miami Yacht Club. Siga, por favor.

—Fui a la cita, porque me aseguró que sería muy lamentable para mí y los míos que no acudiese. Admito que me asusté, porque aquel hombre hablaba con mucha seguridad... Lo encontré en los Japanese Garden, paseando. Me había dicho que me conocía, de modo que sería él quien se presentaría a mí..., si lo creía conveniente.

—Y lo creyó conveniente.

—Sí. El... me dijo que necesitaba dinero, y que yo tendría que dárselo. Me pidió diez mil dólares... como anticipo...

—¿Continuó usted entregándole dinero?

—Sí...

Gennerich se mordió los labios.

—Sesenta mil dólares.

Daniel se quedó pensativo. Bueno, habían encontrado cincuenta mil, nada más; pero era muy comprensible que en aquel mes transcurrido desde la primera petición de Bangs, éste se hubiese gastado diez mil... Con lo cual no debía haberlo pasado muy mal, precisamente.

—Es una buena suma, señor Gennerich.

—Claro...

—¿Siempre se encontraban en los Japanese Garden, para las sucesivas entregas?

—No... Cada vez en un lugar diferente. Pero, además, no quería que fuese yo a llevar el dinero, porque le conocía, y quizá alguna vez me decidiese a hacerme acompañar por la policía y señalarlo...

—Entiendo... ¿Quién llevaba el dinero?

—Yo.

Daniel se volvió y se quedó mirando a Emily Regan, a la cual no había oído llegar. Ya se había puesto sus *shorts* y su blusita, y había recogido sus rubios cabellos en un delicioso moñito. Era como una

flor que...

Daniel sacudió la cabeza y gruñó:

—¿Usted, señorita Regan?

—Sí, señor; yo. ¿Por qué se asombra? Ya le dije que soy la secretaria de... del señor Gennerich.

Éste se había levantado presurosamente. Tomó de un brazo a la muchacha, y le acercó una silla, junto a la suya. Miró a Daniel y, sonriendo como si ya nada pudiese preocuparle, dijo:

—Pronto dejará de ser mi secretaria... y se convertirá en la señora Gennerich.

Daniel sintió como un tremendo puñetazo en el estómago. Se quedó sin habla, aturdido, como el niño al que acaban de robarle alevosamente un fenomenal helado. Pero se dio cuenta de que Emily volvía a mirarlo con cierta ironía, y su amor propio se sobrepuso rápidamente a la decepción. Bueno, alguien que no era él se iba a comer aquel bombón...

—Mi enhorabuena... —musitó—. Entiendo que su... que la señorita Regan está enterada de todo el asunto, ¿no es así, señor Gennerich?

—Desde luego.

—Bien... ¿Y cuál es, exactamente, ese asunto? Imagino que Nick Bangs le sometía a usted a chantaje, ¿no?

—Así es.

—¿Por qué?

—¿Es... necesario decirlo?

—Me temo que, por lo menos, es conveniente.

—Bien...

—Yo se lo diré —habló secamente Jonah Hartwell—: Bangs hacía chantaje a mi suegro por culpa mía.

—¿Sí?

—Estuve en la cárcel hace dos años, en Seattle. Me condenaron a un año de prisión. Y allá conocí a Nick Bangs. Luego él vino a Miami, rae vio, se enteró de que estaba casado nada menos que con la hija de Alwin Gennerich... y armó su tinglado.

Gennerich se pasó una mano por la frente.

—Usted ya sabe... Hubiese sido un golpe terrible para mí y para mi hija, que nuestros amigos..., nuestro círculo social, se hubiesen enterado de lo de Jonah... Comprenda... La hija de Alwin

Gennerich, casada con un ex presidiario...

—Entiendo eso, señor Gennerich. Pero, puesto que usted y su hija decidieron aceptar el riesgo, aceptando a su yerno...

—No aceptaron ningún riesgo —musitó Hartwell—. Yo... no les dije nada sobre eso.

Daniel se quedó mirando heladamente al apuesto individuo.

—¿Se casó sin decirle antes la verdad a la que iba a ser su esposa, señor Hartwell?

—Sí... Fue una canallada, lo sé... Pero yo amo a Gatty... ¡La amaba demasiado para perderla por una tontería así, y... y creí que nadie sabría nunca nada de lo pasado!

—Ciertamente. Seattle está muy lejos de aquí —admitió Daniel—. Tanto, que se puede llegar a pensar como usted, señor Hartwell, sobre todo si en adelante no se da ningún paso en falso. ¿Cuál fue el que usted dio en Seattle?

—Bueno... Yo tenía allá un... un pequeño negocio. Las cosas no me iban muy bien, y pedí prestada cierta cantidad. La... No tuve suerte y la perdí...

—¿No devolvió el dinero?

—No.

—¿Y le condenaron a un año de prisión?

—Así... así es...

—Bien, bien... Volvamos al asunto de Nick Bangs. Sabemos ya en qué respaldaba sus peticiones de dinero. Ahora, veamos cómo se procedía para las entregas... ¿Quiere explicarlo usted misma, señorita Regan? Entiendo que el señor Gennerich le daba el dinero y que usted acudía al lugar indicado, y se lo entregaba a Bangs... ¿Correcto?

—No.

—A ver...

—Nick Bangs enviaba una nota... —intervino Gennerich—. Dado que jamás estaba franquizada, pensamos que él mismo, o alguien de su confianza, la echaba personalmente en el buzón de la quinta.

—¿Conservan alguna de esas notas?

—No... Las rompíamos. Estaban escritas a máquina. Simplemente, indicaba el día, la hora y el lugar donde quería recibir determinada cantidad.

—Yo iba allá, dejaba el dinero donde ordenaba la nota y me marchaba —explicó Emily Regan.

—¿Qué sitios eran esos?

—Oh, de los que suele haber bastante gente... Parrot Paradise, Collins Park, el Aeropuerto Internacional...

—Lugares ben separados unos de otros. ¿Cómo dejaba el dinero?

—¿El... dinero?

—Me refiero al modo de entregarlo. ¿Lo hacía en propia mano a Nick Bangs?

—Ah... No, no. Yo tenía que dejarlo siempre en algún sitio que indicaba: un banco, un seto, un surtidor... Lo llevaba metido en un periódico doblado, lo dejaba en el sitio que decía la carta y me marchaba.

—¿De modo que jamás vio personalmente a Nick Bangs, señorita Regan?

—No lo sé.

—¿Cómo dice?

—Quizá lo viese... Pero como no sabía quién ni cómo era, pues no podía...

—Oh, entiendo... —Daniel mostró las fotos—. ¿Y ahora? ¿Sabe si lo vio o no?

Emily Regan movió negativamente la cabeza.

—Es una cara... difícil de retener.

—Es cierto —suspiró Chambers—: tiene una cara demasiado vulgar. Bien... Claro, ustedes están libres ahora de ese chantaje. Pero yo tengo que seguir trabajando. Ya comprenderán que no hay nada personal en mi actuación y que...

—Señor Chambers —musitó Gennerich—: ¿hay algo que tiene usted que decirnos?

—Tengo una pregunta que hacer, en efecto, señor Gennerich.

—Pues hágala..., y acabemos.

—Allá va: ¿alguno de ustedes ha asesinado a Nick Bangs?

De nuevo se oyeron los pajaritos, y otra lancha en Indian Creek. Los cuatro personajes miraban fijamente a Daniel. Sin duda alguna, Alwin Gennerich era el más irritado.

—Escuche, señor Chambers: de pagar un chantaje a asesinar a una persona, existe una gran diferencia. Quiero recordarle que no está usted tratando con hampones.

—No necesita recordármelo. Era una pregunta obligada...
Comprendan que debemos aferrarnos a cualquier pista que encontremos, sobre todo en un caso de asesinato.

—Nick Bangs era un maldito chantajista.

—Sin duda, señor Gennerich. Pero hay algo peor que un maldito chantajista.

—¿Y es...?

—Un maldito asesino. Olviden por un momento que ustedes han perdido sesenta mil dólares, y piensen que Nick Bangs ha perdido la vida.

—Bueno, usted tiene razón... De todos modos, han sido ciento sesenta mil dólares..., no sesenta mil.

—Pero usted dijo...

—Dije que habían sido sesenta mil, pero me refería a las entregas pequeñas. La última fue mayor.

—¿Cien mil dólares? —musitó Daniel.

—Exactamente.

—¿Le entregaron a Nick Bangs cien mil dólares..., aparte de los sesenta mil anteriores?

—Así es. Dijo que pronto se marcharía de Miami, y que por tanto, hasta reunir la cantidad que quería, tenía que apretar un poco en las peticiones... Lástima que no lo matasen hace tres días. Nos habríamos ahorrado...

—Un momento... Un momento, señor Gennerich —se excitó Daniel—. ¿Por qué le parece lamentable que a Bangs no lo matasen hace tres días?

—Ya le decía que nos hubiésemos ahorrado esos cien mil dólares.

—Pero... —Daniel creía no estar oyendo bien—. Vamos a ver, vamos a ver: ¿cuándo efectuaron esa entrega de cien mil dólares?

—Anteayer. Por eso decía que si lo hubiesen matado un día antes...

—¿Anteayer entregaron ustedes cien mil dólares a... a Bangs?

—Sí.

—¿Cómo fue eso? ¿Recibieron una carta suya?

—Claro...

—¿Escrita a máquina?

—Desde luego.

—¿Con la misma máquina de otras veces?

—Pues... Ahora que usted lo menciona... No. Nunca era la misma máquina. Ya sabe: se puede escribir a máquina en muchos sitios, en Miami...

—Sí, sí, ya sé... ¿De modo que ustedes entregaron anteayer nada menos que cien mil dólares a Nick Bangs? ¿Entiendo que por el procedimiento usual?

—Ciertamente.

—¿Dónde dejaron el dinero esta vez?

—En Bayfront Park, cerca de la Antorcha de la Amistad.

—¿Está usted segura, señorita Regan?

Emily Regan miró agriamente al policía.

—Naturalmente que estoy segura... ¿Qué está tratando de insinuar?

—Pues... Les diré solamente «que Nick Bangs fue asesinado hace cinco días». Por tanto, considero imposible que él recogiese esos cien mil dólares en Bayfront Park.

Tras otros cuantos segundos de silencio, Gennerich tartamudeó:

—¿Está... está usted... bromeando?

—No, señor. Nick Bangs fue recogido del agua hace cuarenta y ocho horas, aproximadamente. Llevaba muerto tres días. Puede que algo más, pero ni un segundo menos. Estaba muerto hace cinco días, señor Gennerich. Me parece pueril insistir en que, por tanto, él no pudo pedir ni recoger ese dinero.

—Pe-pe-pero... entonces... entonces...

—Un caso asombroso... —susurró Daniel—. No sé si será o no muy brillante, pero, desde luego, no es vulgar... Sólo podemos pensar en que Nick Bangs tenía herederos.

—¿Herederos...?

—Quiero decir que quizá alguien sabía esto y, muerto Bangs, está aprovechando su fuente de ingresos. Los llamamos «herederos»...

Emily Regan soltó un grito delicioso.

—¿Y no sería posible que esos «herederos» le hubiesen matado para cobrar ellos el chantaje?

Daniel la miró amablemente.

—Sería muy posible, señorita Regan. Esa gente no respeta ni a su familia. Pero hay algo que me obliga a creer que a Bangs no lo

han matado sus «herederos» para forzar la herencia.

—¿Y qué es ello?

—Por lo general, los chantajistas son gente... prudente. Saben hasta dónde pueden llegar. Dan un pellizco ahora, otro dentro de unos días o unas semanas... Jamás fuerzan la paciencia de la persona a la que están chantajeando, porque saben que se exponen a que ésta se irrite y acuda a la poli da. Entonces, lo pierden todo. Es mucho mejor ir recogiendo hoy un huevo y mañana otro que abrir en canal a la gallina de esos huevos de oro... ¿Me comprenden?

—Usted se explica muy bien...

—Muchas gracias. Bueno, me temo que estoy casi igual que cuando vine aquí. Me he enterado de algunas cosas, pero, verdaderamente, no me sirven de mucho para encontrar al asesino de Nick Bangs.

—O asesina —apuntó Regan.

Daniel la miró de lado, zumbón. Estaba en su terreno ahora.

—Es una posibilidad que hay que tener en cuenta, señorita Regan, ciertamente. Por cierto, hablando de la posibilidad de que una mujer haya degollado a Bangs...

—¡Degollado! —exclamó Gertrude—. ¡Qué horror!

—Le cortaron la cabeza y las manos... —Daniel sonrió—. No es un espectáculo agradable, desde luego. Pero volviendo...

Se calló, mirando hacia detrás de los otros. Alwin Gennerich se volvió y frunció el ceño al ver a su mayordomo, que era el tipo del chaleco listado.

—¿Sí, Crouch?

—Lllaman por teléfono al agente del Police Department, señor Gennerich.

—Oh, bien... Bueno, señor Chambers...

—¿Pueden disculparme? Iré a...

—Si usted quiere, Crouch le traerá aquí un teléfono.

Daniel bajó los párpados, para que nadie viese su expresión.

—Muy agradecido. Sí, contestaré desde aquí.

El mayordomo fue hacia la quinta y regresó enseguida con un aparato. Lo conectó a la línea de aquella mesita y se retiró. Daniel se dijo que la comodidad es algo más de media vida.

—Daniel M. Chambers... —dijo—. ¿Qué hay?

—Hola, Dan. Soy De Armond.

—Diga, señor. ¿Algo nuevo?

—Psé... Tenemos la dirección de las otras dos personas cuyos nombres estaban en los sobres... ¿Cómo te va con Gennerich?

—Muy bien.

—Tacto, ¿eh?

—Lo estoy empleando, no se preocupe, señor... ¿Qué direcciones son esas?

—Tú tienes los sobres. Sácalos y apunta.

—Un momento... —Daniel sacó los dos sobres de un bolsillo interior de la chaqueta y apercibió un bolígrafo—. Adelante, señor.

—Bueno, pues viven los dos juntos, Dan.

—No podemos extrañarnos: es lo corriente en un hombre y una mujer. ¿Dónde están?

—En el 8045 de Abbott Avenue, Miami Beach. Ocupan una cabaña en un motel llamado Abbott Towers.

—Ajá... ¿Algo más?

—¿Te parece poco?

—Pues..., no. No, señor. Pero es la costumbre, ya sabe...

—Ya sé, ya... ¿Qué hago con tus amigos Pete y Sim? Están esperando «tus» instrucciones.

Daniel enrojeció, a pesar de que, evidentemente, De Armond no podía verlo.

—En ningún momento se me ha ocurrido, señor, que...

—Tranquilo... —rió De Armond—. Bueno: ¿qué hago con ellos?

—Si a usted le parece bien, puede enviarlos a ese motel... Yo iré en cuanto me sea posible... Ah: que esperen afuera, señor.

—Oh, claro. La investigación la llevas tú.

—He querido decir...

—Sigue trabajando, Dan. Hasta luego.

—Hasta luego, señor.

Colgó, miró la dirección que había escrito solamente en uno de los sobres, puesto que la del otro era la misma, y, luego, miró a Alwin Gennerich, alzando ambos sobres.

—Tengo aquí los nombres de dos personas, señor Gennerich. Voy a nombrárselas. ¿Será usted tan amable de decirme si las conoce?

—Desde luego.

—Muy bien... Numps Leeper. ¿Lo conoce?

—No...

—Melisent Colley. ¿La conoce?

—Tampoco.

—¿No le dice nada el nombre? ¿Ningún recuerdo... de cualquier clase?

—No, no...

—¿Y ustedes? —Se dirigió Daniel a los demás.

Las dos muchachas y Hartwell movieron negativamente la cabeza en silencio.

—Bueno, tendré que ir a conocerlos yo —deslizó Daniel, poniéndose en pie—. Les agradezco mucho a los cuatro lo amablemente que han soportado mis preguntas...

—Señor Chambers...

—Diga, señor Gennerich.

—Respecto a su promesa... Ya sabe: lo de Jonah...

—Les aseguro que seré todo lo discreto posible. Es más, por el momento, ni siquiera es necesario mencionar ese asunto, en ningún sentido.

—Se lo agradezco...

Gennerich se mordió los labios. Daniel le miró atentamente y se dijo que era la perfecta imagen del hombre mortificado. Ciertamente, no requería mucho esfuerzo comprender la situación de aquel hombre. Un millonario, perteneciente por supuesto a la auténtica high society de Miami..., cuya hija se casa, sin saberlo, con un ex presidiario. Muy desagradable. Cualquier esfuerzo por enterrar definitivamente el pasado de su yerno estaba justificado en Alwin Gennerich. Cualquier esfuerzo... menos el asesinato, por supuesto.

—No hay de qué, señor Gennerich. Bien..., espero no tener que molestarle más... —sonrió ingenuamente—. Parece ser que tengo otra pista que seguir, otras personas a las que... molestar. Buenos días a todos.

—Espere —dijo de pronto Emily Regan—: iré con usted.

Gennerich se adelantó a cualquier comentario de Daniel:

—¿Adónde vas, Emily?

—A tomar el sol.

—Oh... Bueno, puedes tomarlo aquí...

—No como a mí me gusta. Lo sabes muy bien, Alwin.

—Sí, claro... Bueno... ¿Vendrá esta tarde?

—Sólo tienes que ordenármelo —sonrió burlonamente la muchacha—. Me pagas un buen sueldo como secretaria.

—No me gustan estas bromas, Emily... —rezongó Gennerich—. Tú ya sabes muy bien...

—Vendré esta tarde: prometido.

—Bueno... —Gennerich sonrió casi desagradablemente—. Por suerte, pronto podremos ir juntos a tomar el sol..., como a ti te gusta.

Esta vez, la sonrisa de Emily fue más cortés, pero algo crispada. O, quizá, esto último fue solamente imaginación de Daniel.

—Hasta la tarde —musitó la secretaria.

—No tardes demasiado, Emily... ¿Te parece que vayamos a algún *night-club* esta noche? ¿Qué te parecería el *Boom Boom Room*?

Así era la vida: le cortaban el cuello a un hombre y otro se iba de juerga... para celebrarlo.

—Detesto el *Boom Boom Room* desde que vi esas películas de Surfside. Pero vendré pronto. Hasta luego. ¿Vamos, señor Chambers?

Daniel se apartó un poco cediendo el paso a la muchacha. Luego, los dos juntos se alejaron de la piscina.

—¿Ha venido en coche, señor Chambers?

Emily sonreía como si, de pronto, se sintiese muy feliz.

—Claro —dijo Daniel.

—¿Hacia dónde va?

—Collins Avenue arriba.

—Me va bien. Cuando usted me deje, tomaré un taxi, hasta Bal Bay Drive.

—¿Vive allí?

—Tengo un bonito apartamento, con estupendas vistas a la bahía. Es una... delicadeza más de Alwin Gennerich.

—Entiendo...

—¿De veras? ¿Qué es lo que entiende usted?

Daniel prefirió desviar la conversación:

—Hace un hermoso día.

—Sí, un día de verano, y lo comentamos antes... —rió Emily—. Un día tan hermoso que subiré en mi lancha y me iré a tomar el

sol... Otra delicadeza más de Alwin: una lancha. La tengo siempre a punto en el embarcadero de Haulover Beach... Está cerca de mi apartamento. Incluso hay un bonito restaurante en Haulover Park, al cual voy muchas veces a almorzar. Luego subo a la lancha y me voy a tomar el sol... como a mí me gusta.

—Y... ¿cómo le gusta a usted tomar el sol?

—Bueno..., sólo hay una manera de tomar el sol si queremos que todo el cuerpo se tueste por igual, señor Chambers.

Daniel tragó saliva.

—Claro...

—Por eso me gusta estar sola... —sonrió ella—. O, por lo menos, elegir mi compañía.

El policía notaba latir su corazón como si fuese un bombo aporreado por un millar de hombres.

—Sí..., cla-claro... Me ha parecido, sin embargo, que, sabiendo cómo le gusta a usted tomar el sol, el deseo del señor Gennerich de acompañarla es muy... lógico. Supongo que tendrá mucha prisa en convertirla en su esposa.

—¿Le gusta a usted esa idea?

—¿La de que usted se case con Gennerich?

—Sí.

—Pues... es cosa suya, ¿no? ¿Por qué no había de gustarme?

—Porque tampoco a otras personas les gusta.

—¿Y a usted?

Habían llegado a la verja, abierta ya por el mismo hombre que había franqueado la entrada a Daniel. Salieron de la quinta y el policía señaló el coche que estaba utilizando. Entraron en él, Daniel ante el volante.

—¿Un cigarrillo? —ofreció.

—Sí, gracias.

Encendieron uno cada uno y quedaron silenciosos un instante, hasta que Daniel insistió:

—¿Y a usted? ¿Le gusta la idea de convertirse en la señora Gennerich?

—La idea, sí.

—¿Y... la práctica?

Emily sacó su fantástico brazo por la ventanilla, sacudiendo la ceniza del cigarrillo.

—¿Qué opina usted de mí, señor Chambers?

—No la conozco bastante para atreverme a opinar.

—Oh, yo me refiero a... a lo que se ve.

—¿Físicamente, quiere decir? —sonrió Daniel.

—Eso.

—Pues... ¿Puedo ser sincero?

—Se lo exijo..., por favor.

—Pues, mi opinión... física sobre usted es que... es que usted es... es...

—¡Oh, siga!

—Un bombón.

—¿Verdad? —rió ella encantada—. Y, señor Chambers, los bombones son caros... Los bombones son buenos, muy buenos. Y los millonarios creen que pueden conseguir todo lo bueno, todos los... bombones.

—En cambio, los pobretones como yo —sonrió forzosamente Daniel—, tenemos que conformarnos con... caramelos corrientes.

—¿Es usted un resentido?

—Sólo un policía. Pero, francamente, me gustan los bombones tanto como puedan gustarle a los millonarios. Lo malo del caso es que no puedo comprarlos.

—Mejor... —susurró Emily Regan—. Mucho mejor, señor Chambers. Los bombones regalados siempre saben mejor que los comprados.

—Nadie me ha regalado jamás un bom...

Calló bruscamente, porque Emily se había acercado más a él, tras tirar el cigarrillo por la ventanilla. La muchacha alzó los brazos hasta el cuello del policía, y sus finos dedos acariciaron escalofriantemente los rizos cenicientos del hombre.

Los dulcísimos labios de Emily Regan se fruncieron un poquito, redondeándose, llenándose más, formando un delicioso pocito de color rosado, de aliento fresco y joven...

Entonces besó a Daniel en los labios, suavemente. Luego se le quedó mirando con fijeza.

—¿Se encuentra bien? —susurró maliciosamente la muchacha.

—Mejor... que nunca...

—¿De veras? ¿Y eso?

—Pues... usted tenía razón: los bombones regalados son los

mejores. Cuando tenga un día libre... iré a tomar el sol en una lancha.

—Quizá nos veamos —suspiró ella—. Y ahora, antes de que yo me decida a decirle que usted también es un bombón, ¿qué tal si nos ponemos en marcha?

—La... la dejaré en el cruce de Collins y la 75th... ¿Le va bien?

—¿Qué remedio? Y... gracias por lo de bombón.

CAPÍTULO V

—Adiós, señor Chambers... Y gracias por el viaje.

—No vale la pena... Es raro que el señor Gennerich no le haya regalado un coche...

—Oh, sí lo tengo... Pero preferí dejarlo allá, en la quinta. Así, ahora tomaré un taxi, luego iré a la lancha y, en ella, me llegaré esta tarde a la playa de la quinta.

—Eso ha de ser bonito.

—¿Sabe que es usted un hombre simpático?

—Y usted una secretaria estupenda —sonrió Daniel—. Supongo que al señor Gennerich no le importará demasiado que me haya dado un besito de nada...

—¿Un besito de nada? ¿Eso le pareció?

—Ejem... Bueno, tengo cosas que hacer, señorita Regan. Ha sido un placer conocerla. Adiós..., bombón.

Estaban en el cruce de Collins Avenue y la 75th Street. Emily había salido ya del coche, y Daniel continuaba ante el volante. La muchacha asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Está esperando otro beso, señor Chambers? —sonrió.

—Me gustaría... Pero no quiero abusar.

—Además —rió ella—, los bombones, en excesiva cantidad, son muy indigestos. Adiós... Y suerte.

—Gracias.

Ella agitó la manita y sacó la cabeza de la ventanilla. Daniel apartó el coche de la acera, virando por la 75th. Dos calles más allá estaba Abbott Avenue, paralela a Collins. Y allá, el Abbott Towers Motel, su objetivo siguiente.

Todavía pudo ver, volviendo ligeramente la cabeza, a Emily Regan, haciendo presurosas señas a un taxi. Luego tuvo que dedicar

su atención al tráfico.

Poco después detenía el coche cerca del motel, lo dejaba aparcado y continuaba a pie, entrando segundos después en el Towers.

No estaba nada mal. Al fondo se veían algunas cabañas, alzadas sobre pilares, pegadas unas a otras. Debía ser la sección de apartamentos. Hacia la derecha, y hacia la izquierda, se veían las cabañas aisladas. Había palmeras, flores y céspedes. Se veían coches diseminados, delante de las cabañas, y algunos delante de las de apartamentos. Pero había un aparcamiento hacia la izquierda y Daniel se dirigió resueltamente hacia allá.

Cierto: en uno de los coches estaba Pete McClure, fumando y mirando hacia una de las cabañas aisladas de la izquierda.

Abrió la portezuela y se sentó junto a McClure.

—Hola, Pete.

—Hola, Daniel. ¿Descubriste algo?

—Nada por ahora. ¿Y Sim?

—Se fue. El tipo de la cabaña salió y Sim creyó que sería bueno seguirle. Juraría que no iba a ningún sitio importante... Quiero decir que más bien parecía dispuesto a distraerse un rato en algún sitio donde haya buen sol.

—Ya... ¿Y la mujer?

—Supongo que continúa ahí dentro. Quedamos con Sim en que llamaría a la Delegación y ellos a nosotros, a este coche, si veía algo que le pareciese importante en el paseo de ese Numps Leeper.

—Estupendo. Mmm... Bueno, en ese caso, será mejor que te quedes aquí, atendiendo la radio. Yo iré a hacerle una visita a Melisent Colley: a ver qué me dice.

—Okay.

Daniel se apeó del coche, pero enseguida metió la cabeza por la ventanilla.

—Ah, Pete: llama a De Armond. Dile que me interesa cuanto antes saber todo lo que concierna a un tipo llamado Jonah Hartwell. Como punto de partida, puede tomar Seattle. Parece ser que el tal Hartwell estuvo preso allá..., hace dos años.

—Muy bi... Un momento. ¿En Seattle? ¿Hace dos años? Entonces... Quizá conoció allá a Nick Bangs, Dan.

—Sorprendente, ¿no es cierto? Te diré algo, de momento: Bangs

estaba sometiendo a chantaje a Jonah Hartwell. Luego te explicaré lo demás. ¿Cuánto hace que se marchó Sim detrás de Leeper?

—Como diez minutos.

—Hum... Bueno, llama al jefe.

Se alejó, y estaba a punto de volverse, cuando Pete solucionó su olvido:

—Cabaña veintitrés, Dan.

—Ajá.

Un minuto después subía al porche de la cabaña veintitrés. Una cabaña con grandes ventanales, persianas graduables y construcción de lo más moderno. No era un lugar barato, desde luego.

Pulsó el llamador y dentro oyó cuatro nítidos campanillazos de las notas do-re-mi-fa. La puerta se abrió casi enseguida y ante Daniel quedó una despampanante morenaza desnuda.

La mujer había empezado a preguntar:

—¿Qué has olvidado esta...? ¿Quién es usted? —Casi gritó.

Daniel carraspeó furiosamente. Mientras sacaba su placa, la mujer desapareció, para reaparecer apenas cinco segundos después poniéndose una bata tan transparente que podía haberse ahorrado la molestia.

—¿Quién es usted? —repitió, más calmada—. ¿Qué quiere?

Tenía los ojos así de grandes, negros como la noche; el pelo largo, suelto. Y una figura colosal.

—Lamento molestarla, señorita Colley. Mi nombre es Daniel Chambers —mostró la placa—: Del Police Department.

—¿El...? ¿Qué quiere?

—Usted es Melisent Colley, entiendo.

—Eeeh... Sí, claro...

—¿Puedo pasar? Tengo algunas preguntas que hacerle..., si es usted tan amable de atenderme.

La mujer lo miró vacilando. Por supuesto, ella comprendía que aquellas preguntas le iban a ser formuladas, de un modo u otro, pero que un agente del P. D. no tenía por qué llegar allí dando gritos. Pareció tranquilizarse al comprender que tenía delante a un hombre con educación, amable.

—Pase.

—Gracias.

Daniel notó el aire acondicionado apenas entrar en la cabaña.

Afuera hacía un sol de cien mil diablos, de modo que la temperatura de la cabaña le hizo lanzar un suspiro de alivio. Allí tenía el *living*: bar, televisión, libros, sillones rojos, alfombras de palma prensada, flores... Las persianas graduables estaban casi cerradas, de modo que entre eso y la temperatura acondicionada, aquello era casi un paraíso silencioso y acogedor en verdad.

Sobre el amplísimo diván había un diminuto perro-ratón, que se lanzó a ladrar apenas ver a Daniel, con una estridencia digna de un Terranova.

—¡Cállate, «Mouse»! —ordenó la mujer; el perrito obedeció al instante y ella señaló un sillón a Daniel—. ¿Gusta sentarse?

Daniel gustó de sentarse y ella gustó de echarse en el diván, acogiendo al perrito entre sus abundancias superiores.

—¿Un cigarrillo, señorita Colley?

—No, gracias. A «Mouse» le disgusta el humo.

—Oh... —Daniel guardó su cigarrillo—. Es un chihuahua, ¿no?

—Algo así... —sonrió por primera vez la mujer—. ¿Le gusta?

—Pues... bueno...

—A los hombres no suelen gustarle los «cariñitos» de las mujeres... ¿Por qué será?

—Esto... Señorita Colley: ¿conocía usted a un hombre llamado Nicholas Bangs?

—Sí... ¿Qué se ha hecho de él?

Daniel parpadeó, sorprendido. Bueno, al parecer, tenía delante a una de esas personas a las que da gusto interrogar.

—Le han cortado el cuello.

—Oh... —la morenaza acarició a su «cariñito»—. Bueno, era de esperar que eso sucediese un día u otro, señor...

—¿Eso es todo lo que se le ocurre decir?

—Y también que descanse en paz el pobre Nicle.

—¿De qué lo conocía usted?

—Éramos amigos. ¿Cómo ha dado usted conmigo?

—Pues por eso: porque Nick Bangs era amigo de ustedes... Me estoy refiriendo, claro, al señor Numps Leeper. ¿Dónde está él?

—Se fue a la barracuda.

—¿A la qué?

—A la pesca de la barracuda. Cuando usted llamó, creí que era él, que había olvidado algo.

—Ya... ¿Qué son usted y el señor Leeper?

—Amantes.

—Eeeh... ¡Oh! Bueno... Caramba...

Ella sonrió de nuevo.

—No se debe mentir a la policía, ¿verdad?

—No, no, claro... Ejem... ¿Qué clase de amistad tenían ustedes con Nick Bangs?

—Pues una amistad corriente cualquiera. Lo conocíamos, y lo veíamos algunas veces.

—¿Bangs les estaba chantajeando a ustedes?

—¡Claro que no! —rió la mujer—. ¿Por qué iba a hacer eso?

—Quizá si Bangs conocía a la esposa del señor Lee per...

—¡Por favor...! Numps no está casado... No hay nada por lo que alguien pudiese hacernos chantaje a nosotros.

—¿De qué viven ustedes?

Melisent Colley abrió mucho los ojos y se quedó mirando fijamente a Daniel. Parecía a punto de desvanecerse de asombro.

—Vaya pregunta... Tendrá que hacérsela a Numps. Del dinero, yo sólo sé que sirve para gastarlo.

—Es muy afortunada, señorita Colley. ¿Sabían que Nick Bangs estaba haciendo chantaje a una persona, aquí, en Miami?

—Numps sabe esas cosas. Yo no.

—Señorita Colley: nosotros encontramos una llave en el apartamento de Nick Bangs. Esa llave nos abrió una caja de alquiler. En la caja de alquiler había cincuenta mil dólares y tres sobres. En uno de esos sobres estaba el nombre de una persona a la cual Bangs le había estado pidiendo dinero. En los otros dos sobres estaban los nombres de usted y de Numps Leeper.

—Y usted cree que, puesto que a la persona cuyo nombre estaba en uno de los sobres le hacía chantaje, Nick también nos lo hacía a Numps y a mí.

—¿Le parece una tontería que yo piense eso?

—De ninguna manera. Sería muy lógico. Pero le juro que Nick no era capaz de perjudicar a sus amigos.

—En tal caso —deslizó cautamente Daniel—, quizá lo que pretendía era favorecer a esos amigos, señorita Colley.

—¿Favorecernos? ¿Cómo?

—Dejándoles la herencia del chantaje.

—Oh... ¿Cómo explica eso?

—Pues verá... Supongamos que Nick Bangs tuviese proyectado pedir dinero hasta... determinada cantidad. Pongamos una cifra cualquiera: doscientos cincuenta mil dólares. Una vez obtenida esa cantidad, Nick Bangs hubiese abandonado el chantaje de esa persona cuyo nombre estaba en uno de los sobres. Supongo que Bangs habría abandonado los Estados Unidos, y se habría dedicado a pegarse la gran vida por ahí en lugares donde el dólar tenga más importancia que aquí, más poder adquisitivo. Pero..., ¿por qué no beneficiar a sus amigos, señorita Colley?

—Ya entiendo. ¿Quiere decir que él nos habría dejado el nombre de esa persona a la cual poder hacer chantaje?

—Para que también ustedes sacasen un buen filete de la res, como dicen en Texas.

—¿Y usted cree que Numps y yo íbamos a dedicarnos a eso?

—Pues no es que crea nada definitivo todavía, pero, si sus nombres estaban en la caja, sería por algo. Puesta que, según asegura usted, Nick Bangs no les chantajeaba a usted y al señor Leeper, yo debo pensar que les dejaba la «herencia»... ¿Jamás les habló de eso, señorita Colley?

—Nnnooo...

Fue una vacilación clarísima. No un truco, sino una clara vacilación que el policía captó perfectamente; del mismo modo que captó el disgusto de la mujer hacia sí misma por haber vacilado.

—¿Puede decirme dónde está exactamente el señor Leeper, señorita Colley?

—Se fue a la...

—Barracuda. Lo sé ya. ¿Adónde exactamente?

—Hay barracudas en todas partes, pero Numps siempre dice que donde hay más es en las aguas que bordean Biscayne Key por el lado del Atlántico, no de la bahía. También hay bonitos, wahoos, *snorkellings*, pompanos...

—¿El señor Leeper tiene lancha?

—Una Mecruiser de diecinueve pies, color rojo. Se llama The Fisherman.

—¿Y ha ido en esa lancha?

—Supongo que sí, claro...

—¿Dónde la deja fondeada?

—En North Shore Park. Allá hay un centro recreativo...

—Sí, ya sé... Bueno, supongo que el señor Leeper debe estar navegando ya hacia Biscayne Key, o poco menos. Si sólo hace diez minutos que salió de aquí... ¿Por qué se marchó, así, tan de repente, a la hora del almuerzo?

—Mmm... No lo sé.

Otra vacilación; otra mentira. Daniel tomó buena cuenta de ella. Por supuesto, Numps Leeper no se había marchado del motel por puro capricho. Quizá le habían llamado por teléfono, alguien le había advertido algo...

—¿Conoce usted a dos hombres, señorita Colley?

—¿A dos...? Pero, señor Chambers, ¡conozco a muchos hombres!

—Me refiero a los dos que me atacaron en el apartamento del pobre Bangs, y que me golpearon hasta dejarme sin sentido. Tienen que ser dos hombres de esos que conocen a algunos policías personalmente, ya sea por haber tenido tratos con nosotros, o de habernos visto más de una vez muy cerca de ellos. Dos hampones lo bastante listos para no atreverse a matar a un policía.

—Yo... no entiendo nada...

—Encontramos a Nick Bangs flotando en el mar hace dos mañanas, señorita Colley. No se dio publicidad al asunto. Hubo suerte..., ya que no todos los periodistas son como Jerome y...

—¿Como quién?

—Oh, no importa... Quiero decir que esos dos hombres se enteraron un poco tarde del «fallecimiento» de Bangs. Tan tarde, que los encontré en su apartamento cuando fui allá a echar un vistazo. ¿Y sabe usted lo que estaban buscando aquellos dos hombres en el apartamento de Bangs?

—No...

—La llave que encontramos nosotros. Eso me hace suponer que esos dos hombres sabían lo de la llave y lo que había en la caja de alquiler. Si lo sabían, era que alguien les había hablado de ello. Para eso, nadie mejor que el propio Nick Bangs. Y, puesto que usted y el señor Leeper eran amigos de Bangs hasta el extremo de que éste tenía sus nombres en la caja, me inclino a creer que Bangs les comunicó «a ustedes precisamente» todo el asunto. Muerto Bangs, y enterados ustedes, enviaron a dos hombres a su apartamento, en busca de la llave, para seguir haciendo chantaje a la persona cuyo

nombre estaba también en un sobre. Es muy posible, señorita Colley, que uno de esos dos hombres fuese el propio Numps Leeper. ¿Me equivoco?

Melisent Colley había palidecido lo bastante para que sus enormes ojos negros pareciesen aún más negros y enormes.

—No sé... de lo que está usted... hablando...

Daniel sonrió amablemente. Estaba siguiendo el hilo de sus pensamientos, más que informando a la mujer.

—Sin embargo, y puesto que esos dos hombres que yo relaciono indiscutiblemente con usted y el señor Leeper no se enteraron hasta un poco tarde de la muerte de Nick Bangs, deduzco que ni ellos ni usted y el señor Leeper tuvieron nada que ver con el asesinato de Bangs.

De haber sido así, haría ya días que habrían ido a buscar esa llave.

—¿No... no nos acusa de asesinato?

—¡Claro que no! La lógica es la lógica, señorita Colley. Pero sí estoy convencido de que el señor Leeper y otro hombre fueron los que me golpearon cuando yo estaba a punto de sorprenderles en el apartamento de Bangs. ¿Correcto?

—No sé nada de eso...

—Ellos, simplemente, querían la llave. Puesto que Bangs había muerto, y ellos eran sus amigos, querían la «herencia» para chantaje. Oh, vamos, no lo niegue, ustedes eran amigos de Bangs, en la caja estaban sus nombres, señorita Colley... ¿Eran ustedes los que iban a heredar el chantaje de Bangs cuando éste se fuese de Estados Unidos con la cantidad que se había fijado como tope?

—No... ¡No!

Daniel se puso en pie, sonriendo.

—Muy bien. Por el momento, creo que tendré que dedicarme más a buscar al asesino de Bangs que a lo de usted y el señor Leeper, y lo de la herencia del chantaje, y los golpes que me dieron... Por cierto: me gustaría charlar con el señor Leeper antes de seguir investigando respecto al asesinato en sí, que es, digo, lo que me interesa ahora.

—Usted ya... ya sabe por dónde... puede estar...

—Oh, claro: en las aguas atlánticas de Biscayne Key, pescando la barracuda, o lo que se ponga al anzuelo... Muchas gracias, señorita

Colley: ha sido usted muy amable, por darme tanta información.

—No le he dicho nada... ¡Nada!

—Por supuesto —volvió a sonreír Daniel—. No se preocupe demasiado...

Se sintió tan amable, que quiso darle un cachetito a la fenomenal morenaza. Conocía aquella clase de mujer. Era, desde luego, la que muy bien podía ser la clásica amigueta de un tipo que vivía del chantaje y cosas parecidas.

Lo que, por lo visto, no conocía muy bien, era la clase del perrito. El animalejo gruñó agudamente y le lanzó una dentellada a la mano cuando ésta se acercaba a la mejilla de Melisent Colley.

Daniel retiró la mano precipitadamente, justo a tiempo de evitar los dientecillos como alfileres.

—¡Demonios...! Quizá ahora comprenda, señorita Colley, por qué a los hombres no nos gustan demasiado los «cariñitos» de las señoras... Buenos días. No se moleste: conozco el camino.

Chambers fue a la puerta, la abrió, se volvió para saludar una vez más a la petrificada Melisent Colley, y salió al porche. Lo lamentó enseguida: allí afuera no había aire acondicionado...

Se dirigió hacia el coche donde le estaba esperando Pete McClure, abrió la portezuela y volvió a sentarse a su lado.

—¿Todo bien? —preguntó McClure.

—Aceptable nada más —sonrió Daniel—. Pero he dejado a la Colley más asustada que un cordero en una jaula de leones.

—¿Y eso?

—Me parece que el tal Numps Leeper, junto con otro, fueron los que me golpearon. Y estoy casi completamente seguro de que, tanto Leeper como la Colley son los herederos del chantaje que Bangs le hacía a Alwin Gennerich.

—¿Por qué no me lo cuentas todo?

—Seguro, Pete...

Daniel invirtió poco más de cinco minutos en poner a su compañero al corriente de lo que, hasta el momento, había sabido y deducido.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó entonces McClure.

—Voy a buscar a Numps Leeper. Y supongo que podré convencerlo de que acepte los cargos de intento de chantaje y agresión a un policía como males menores. Por otra parte, es

posible que él pueda darme alguna pista mejor que esa mujer.

—Realmente —admitió McClure—, para seguir trabajando solo tenemos a Leeper. Habrá que localizarlo.

—El mar es muy grande... —masculló Daniel—, pero lo encontraré, Pete.

—¿No voy contigo?

—No... De momento, no. Te vas a quedar vigilando a la Colley. Pero no aquí, pues es seguro que nos está viendo desde la ventana. De manera que pon el coche en marcha, salgamos del motel y te quedas una calle más abajo, sin perder de vista la entrada del motel. Si sale, la sigues, Pete, claro.

—De acuerdo.

Y Pete McClure puso el coche en marcha.

Melisent Colley los vio salir del motel. Estuvo mirándolo hasta entonces. Luego se precipitó hacia el teléfono y marcó nerviosamente un número.

Le contestaron inmediatamente.

—¿Hola?

—¡Rufus, soy Melisent...! Acaba de salir de aquí un agente del Police Department... ¡Lo saben todo!

—Cálmate, linda... ¿Qué es lo que saben?

—¡Era Daniel Chambers, el policía que tú y Numps dejasteis sin sentido en el apartamento de Nick!

—Tranquila: ese tipo no sabe nada, linda.

—¡Lo sabe! Rufus, ¡lo sabe! ¡Me lo ha dicho! Ha estado hablando conmigo ahora mismo. Sabe lo de Nick, lo de que nos íbamos a quedar con su chantaje... ¡Lo sabe todo, Rufus, te lo juro! Sabe que fuisteis a buscar la llave de la caja de alquiler, sabe que Nick se hubiese marchado al reunir una cantidad, y que nos habría enviado la llave cuando estuviese lejos... ¡Te digo que lo sabe todo!

—Está bien... ¡Maldita sea! ¿Qué más ha pasado?

—Nada más... Ahora se ha ido a buscar a Numps, creo. Seguro que irá a North Shore Park, por si Numps está por allá. Y si no lo encuentra, irá a buscarlo en una lancha...

—De acuerdo, linda... Déjalo todo de mi cuenta. ¿Ha vuelto a llamar alguien, por el mismo asunto?

—No, nadie...

—Bueno, toma un par de pastillas para los nervios y duerme un

rato. No te muevas de ahí por nada del mundo. ¿Entiendes?

—Sí, Rufus, sí...

—Hasta luego.

CAPÍTULO VI

Sim Shee se acercó a Daniel apenas éste apareció en el embarcadero de recreo de North Shore Park.

—Hey, ¿qué está pasando, Dan?

—Aún no lo sé bien, Sim... ¿Perdiste de vista a Leeper?

—Por fuerza. Se subió a una lancha y se largó mar adentro. Me pareció que era mejor que yo me quedase aquí.

—Seguro, Sim. Oye, ¿cómo era la lancha?

—Como de veinte pies, roja... Se llama The Fisherman.

—¿Iba alguien con Leeper?

—No... Se fue solo. Parecía tener prisa.

—Dalo por seguro. Alguien llamó a Numps Leeper a su cabaña del motel y lo citó.

—¿En el mar?

—Es un sitio tranquilo... y muy discreto.

—Claro... ¿Y Pete?

—Se quedó vigilando a la Colley. Oye, ve a alquilarme una lancha al embarcadero. Que me la preparen para salir enseguida. Yo te estaré esperando en el bar del Centro. Necesito tomar un par de cafés y llamar al inspector por si sabe algo de Hartwell ya. Te lo contaré todo en el bar.

—Bueno.

Daniel se fue hacia la construcción del centro recreativo. Poco después llamaba a su preferido número telefónico.

Pidió comunicación con De Armond, obteniéndola inmediatamente. Pero De Armond empezó a dar gruñidos, diciéndole que incluso él necesitaba tiempo para hacer las cosas. Daniel le calmó y le resumió rápidamente lo que había ido averiguando. No era gran cosa para solucionar el asunto del

asesinato de Nick Bangs, admitió, pero, indiscutiblemente, estaba sobre una pista. Lo que no era igual que ir a ciegas sin saber a quién buscar o interrogar.

—Está bien. Dan, está bien... ¿Desde dónde me llamas?

—North Shore Park, Recreative Center. Voy a salir detrás de Leeper en una lancha. Con un poco de suerte, quizá vea a la persona que lo citó en el mar, señor.

—De acuerdo. Tenme al corriente.

—Por supuesto. Adiós, señor.

—Adiós, Dan.

Colgó y se fue a una mesa. Pidió un café doble. Estaba terminándolo, fumando un cigarrillo pensativamente, cuando apareció Sim, buscándolo con la mirada. Alzó una mano y el detective se acercó a él, sentándose enfrente.

—La lancha estará lista dentro de un par de minutos, Dan. ¿Qué dice De Armond?

—Nada importante, por el momento. Se ha puesto hecho una fiera: dice que soy muy exigente... —Daniel sonrió—. De momento me conformaría con dormir aunque sólo fuese un par de horas... ¿Es eso ser exigente, Sim?

—Seguro que no... —sonrió Shee—. ¿Me cuentas algo?

Daniel le repitió a Sim Shee lo mismo que le había contado a Pete McClure. Era bueno repetir las cosas. A veces, incluso uno mismo encuentra más detalles, al hablar; detalles a los que, la vez anterior, concedió menos importancia...

—Eso es todo por ahora, Sim... ¿Quién es?

Daniel se refería al hombre que hacía señas desde la puerta del bar.

—El patrón del embarcadero. Le dije que me avisase en cuanto la lancha estuviese a punto.

—Oh, bien... Pues me voy ahora mismo. Tú vas a quedarte, por lo que pueda ocurrir.

—Vaya... ¡Con lo que me gustaría un paseo por mar!

—Podemos ir a pescar cuando tengamos el día libre. ¿Vamos?

Salieron del bar, dirigiéndose por un sendero hacia el embarcadero, precedidos por el patrón. El mar estaba absolutamente calmado, no se movía ni una hoja de palmera, ni una brizna de hierba del North Shore Park. La lancha tampoco se movía

gran cosa, pegada al embarcadero.

—¿Sabe manejarla? —preguntó el patrón.

—Desde luego... —asintió Daniel—. Pero es algo grande para mí solo...

—Lo siento, no hay otra. Y le dejo la mía, porque supongo que debo colaborar con la policía.

Daniel miró divertido al patrón.

—Muy agradecido. Bien...: hasta la vuelta. No te duermas, Sim.

—Lo procuraré, Dan.

Chambers saltó a la lancha, que era, ciertamente, demasiado grande para él solo, pero, puesto que no podía elegir, y la cosa quizá urgía...

Segundos después se alejaba del embarcadero, mar adentro; pero enseguida tomaría rumbo Sur, hacia Key Biscayne, en cuyas aguas atlánticas, si Melisent Colley no le había engañado, podría, quizá, encontrar a Numps Leeper. Era una posibilidad remota, desde luego, ya que la morena podía haberlo engañado perfectamente. Pero, al igual que había ocurrido con la lancha, no podía elegir, de modo que tenía que aceptar aquella pista, por falsa o improbable, o difícil que fuese.

Hay unas siete millas desde North Shore Park a Key Biscayne. Y Daniel llevaba recorridas apenas tres cuando oyó el ruido a su espalda. Quizá la velocidad de la marcha había movido las puertecillas de las cabinas...

No.

No había sido la velocidad de la marcha.

Había sido un hombre que, apareciendo del interior de la lancha, estaba apuntando a Daniel con una pistola.

—No se mueva o le mato.

Daniel mantuvo la mirada del hombre unos segundos. Luego, regresó la mirada al frente de la marcha. Oyó las pisadas del hombre sobre la cubierta y, enseguida, apareció a su lado, un poco adelantado, bajo la toldilla. Era un tipo alto y fuerte, bien vestido, de rostro correcto y ojos claros, que le miraba duramente.

—¿Sorprendido?

—Desde luego. ¿Cómo llegó aquí?

—Le vi a usted llegar al embarcadero. Lo estaba esperando. Vi también a su compañero, que alquilaba una lancha. Él se fue, el

patrón se fue, comprendí que usted, o usted y su compañero, los dos, se iban a meter en la lancha, y yo entré antes, cuando nadie había en ella.

—Ya sabía yo que una lancha tan grande no iba a darme resultado. No le conozco, amigo. ¿Cuál es su nombre?

—Rufus... Rufus Smallwood. Yo sí le conozco a usted... ¿Quién no conoce en Miami a Daniel Chambers?

—Muy amable. Y... aún fue más amable al no matarme en el apartamento de Nick Bangs. Se lo agradezco.

—Lo sabe todo, ¿eh?

—Más o menos. Espero que continúe siendo tan inteligente como en el apartamento de Bangs.

—Pues... Le diré: las cosas han cambiado ahora, usted me entiende. Resulta que usted es demasiado listo para nosotros y... claro...

—Me hago cargo. ¿Quiere decir que acerté cuando le dije a Melisent Colley todas aquellas cosas?

—Acertó de lleno. Queríamos heredar ese chantaje de Bangs. Pero él era muy listo: tenía el nombre de la persona a la que sacaba dinero bien seguro en una caja de alquiler. Lástima que nos enteramos un poco tarde de la muerte de Bangs. Pero, puesto que él nos quería ceder luego el chantaje, nos dijimos que teníamos derecho a él. Pensamos que tendría la llave escondida en su apartamento y fuimos a buscarla. Una hora después le oímos llegar a usted. Fue más listo que nosotros, al encontrar la llave.

—Éramos más hombres, y dispusimos de más tiempo... —aclaró modestamente Daniel—. ¿Quiere que le de un consejo, Smallwood?

—Usted diga lo que quiera..., y yo haré lo que me de la gana.

—Ni usted, ni Leeper, ni Melisent, por supuesto, mataron a Nick Bangs. ¿Correcto?

—Correcto.

—Pues escuche el consejo: guarde esa pistola, charlemos, y me arreglaré para que no les fastidien demasiado a ustedes tres. Al fin y al cabo, me perdonaron la vida una vez. No carguen ahora con un asesinato, no sean tontos.

Rufus Smallwood frunció el ceño.

—Admito que lo que usted dice es muy sensato. Pero veremos qué decide Numps sobre esto. Usted nos podría fastidiar mucho,

compréndalo.

—No soy un tipo intransigente, Smallwood: mi vida bien valdría ser un poco... tolerante.

—Desde luego, desde luego...

—¿No guarda la pistola?

—Por ahora, no. Y estese quietecito, que voy a quitarle la suya: No haga tonterías.

—Aprecio mi vida.

Absolutamente cierto, como es natural. Smallwood le quitó la pistola y se la guardó en un bolsillo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Daniel.

—Siga adelante.

—Alguien citó por teléfono a Numps Leeper en el mar... ¿No es cierto, Smallwood?

—Es posible.

—¿Sabe usted dónde está Leeper ahora exactamente?

—No se preocupe por eso: le encontraremos.

—Estupendo.

Smallwood miró irónicamente a Daniel, pero no comentó nada sobre lo estupendo que podría resultarle encontrar a Leeper.

Pocos minutos después, pasaban cerca de los diques del U.

S. Government

Cut, uno en la punta sur de Miami Beach y el otro en Fisher Island, marcando la entrada al puerto de Miami. Dejaron pronto Fisher Island, viendo a lo lejos Key Biscayne.

Daniel miró de reojo a Smallwood, pero éste no le perdía de vista ni un instante.

—No se acerque demasiado a la playa —indicó Smallwood—. Vayamos hacia las profundidades de veinte pies o más. Ya sabe, ¿no?

—Es fácil comprender que debemos estar lo bastante lejos de la costa para que nadie nos vea desde ella.

—No es por eso. Ya nos ven sin necesidad de llegar a la costa.

Cierto. Habían cruzado con muchas lanchas de diversos tipos, velocidades, colores, envergaduras... Incluso se veía un barco de buen tonelaje acercándose a Miami a lo lejos.

Poco más tarde, ya navegando en diagonal mar adentro, Daniel vio la lancha roja meciéndose blandamente sobre las olas, como a

un cuarto de milla.

—¿Es aquélla, Smallwood?

—Sí. Navegue hacia allí.

—Claro...

Apretó un poco la marcha, y de pronto, impasible el rostro, dio una vuelta brusca al volante. Puesto que ya estaba donde quería, había llegado el momento de vérselas en serio con el matón.

Rufus Smallwood safio hacia atrás, gritando, cuando la lancha se ladeó bruscamente en el inesperado y cerrado giro. Dio de riñones contra la borda, la pistola saltó al mar y el peso de la mitad superior de su cuerpo le estaba balanceando también hacia el agua cuando Daniel le agarró por las solapas.

Lo regresó completamente a cubierta, y todavía estaba Smallwood manoteando en busca del equilibrio cuando le golpeó duramente en el estómago.

—¡Auggff...!

Daniel le obligó a desplazarse hasta que su espalda quedó hacia el centro de la cubierta y volvió a pegarle en el estómago por dos veces. El tercer golpe de la serie fue un gancho que alcanzó de lleno a Smallwood en la barbilla y le enderezó lo bastante como para recibir en plena barbilla de nuevo un directo que le tiró resbalando de espaldas por la cubierta.

La lancha seguía su marcha, enderezada de nuevo, libre el camino mar adentro. Daba algunos bandazos ocasionados por la falta de gobierno, pero Daniel se las arreglaba bien para conservar el equilibrio sobre la cubierta.

Se fue detrás de Smallwood, llegando justamente cuando éste estaba sacando del bolsillo la pistola del policía. Daniel le dejó que la sacase y entonces le aplastó la mano contra la cubierta, salvajemente. Con el otro pie alejó la pistola. Luego, cuando Smallwood intentaba incorporarse, le derribó de nuevo de un escalofriante punterazo en la boca que le reventó los labios y le partió un par de dientes.

Rufus Smallwood estaba gimiendo, tendido boca abajo, en busca de una postura para intentar una vez más ponerse en pie, cuando ya Daniel había recuperado su pistola y retrocedido dos pasos.

—¿Necesita ayuda, Smallwood? —preguntó amablemente.

El matón se limitó a continuar gimiendo, sin mirarle siquiera. La

sangre de su reventada boca manchaba la cubierta. Empezó a toser con violencia, llena su garganta de sangre, dolorido su estómago...

Daniel se acercó a él y le alivió de tantas molestias golpeándole con la pistola en la cabeza. Smallwood se derrumbó, inerte.

—Estamos en paz, mi amigo.

Miró hacia atrás y a duras penas pudo distinguir la roja lancha sobre las olas. Buscó una cuerda y ató rápida y sólidamente a Smallwood de pies y manos. Luego corrió hacia el volante, viró hacia el lugar donde había visto la lancha de Leeper y trabó la rueda.

Regresó junto a Smallwood, le cogió por los sobacos y tiró de él hacia la entrada a las cabinas. Le bajó arrastrándolo por los escalones de madera y le dejó tirado en el pequeño *living*-bar, lleno de cosas raras y tan poco acondicionado como solo podía tenerlo el patrón de la barca, tipo que se ganaba la vida con aquello, no que la gozaba.

Volvió arriba cuando su lancha estaba a menos de cien yardas de la de Leeper y paró los motores. Entonces, con el último ronroneo de éstos, se fue acercando a la otra lancha.

Correcto: roja, diecinueve pies de eslora, y allá el nombre: The Fisherman.

No se veía a nadie en cubierta. No se oía nada. Solamente el rumor del mar, en la calma chicha y soleada del principio de la tarde. Algunas gaviotas pasaron sobrevolando las dos lanchas hacia la costa...

Daniel colocó su lancha junto a la de Leeper, que estaba anclada allí y giraba muy lentamente en la corriente, fija la popa por la andadura.

El policía sacó la pistola y apoyó una mano en la borda de la otra lancha.

—¡Numps Leeper! —gritó—. ¡Salga de ahí dentro con las manos en alto!

CAPÍTULO VII

Nada.

Solamente el rumor del mar.

Daniel se alzó sobre la borda de su lancha y saltó a la otra.

—¡Leeper! ¡No sea tonto! ¡Es mejor que se entregue ahora por las buenas! ¡Sólo quiero hacerle unas preguntas!

Parecía que el sol se estuviese derritiendo; las aguas centelleaban en blanco, azul y verde. Pasaron más gaviotas. Una bandada de peces pasó cerca de la lancha, saltando del agua a intervalos regulares...

Daniel oyó sus propias pisadas sobre la cubierta, como un roce que incluso podía producir sobresalto. El agua del mar chocaba susurrante contra los costados de la lancha.

—¡Salga, Leeper! ¡En nombre de la ley, por última vez, salga!

El rumor del mar...

Daniel miraba hacia las puertas de las cabinas con el ceño fruncido. Parecía que Leeper quería plantar cara y que se había parapetado bien abajo. Pero... ¿no era una tontería? Si hacía eso, al policía le bastaba con cerrar por fuera las puertas que llevaban a las cabinas y llevarle preso de ese modo a la cercana base de la U.

S. Coast

Guard.

Más fruncido el ceño, Daniel empujó las puertas. Masculló algo cuando no cedieron y las abrió tirando de ellas hacia sí. Vio los escalones y la cabina de abajo, llena de sol, que entraba por uno de los circulares miradores.

—Leeper... ¿Está usted ahí, Leeper?

Silencio.

Bajó despacio, con la pistola por delante. No era partidario de

arreglar las cosas con la pistola de buenas a primeras, pero tampoco era partidario de que le metiesen una bala en los sesos... de malas a primeras.

No había nadie abajo.

Seguro.

Absolutamente nadie.

Cada vez más fruncido el ceño, Daniel regresó a cubierta. Por supuesto, tampoco allá había nadie. En la cubierta no podría esconderse ni un ratón.

Daniel M. Chambers quedó en medio de la lancha, ya guardada la pistola, las manos en la cintura y cada vez más fruncido el ceño.

Bueno. Era posible que la persona que había citado allí a Leeper se lo hubiese llevado a otro lugar, en su propia embarcación, para charlar. Miró su reloj. Las dos y media de la tarde, y el sol derritiéndose sobre él. Comenzó a renegar cuando comprendió que todo lo que podía hacer era esperar... O marcharse. Podía alejarse con la lancha, permaneciendo a una distancia desde la cual no perdiese de vista la The Fisherman. Eso significaba que también a él podrían verle. Y si, llevaban prismáticos, más aún. En cambio, si se alejaba lo bastante para que no le viesen tendría que perder de vista él a su vez la lancha de Numps Leeper.

Optó por quedarse a esperar.

Se fue bajo la toldilla y encendió un cigarrillo. Tenía mucha paciencia.

A las cuatro y media se le había acabado la paciencia... y los cigarrillos.

No le parecía posible que Numps Leeper y... quien fuese necesitasen tanto tiempo para charlar. Aparte de que lo de llevarse a Leeper de su lancha, bien pensado, casi era una tontería...

—Me daré una vuelta por ahí.

Sí. Era lo mejor. Se iba a meter en su lancha, la pondría en marcha y se daría una vuelta por ahí, por si veía alguna embarcación sospechosa... O lo que fuese.

Su lancha se había alejado de la de Leeper. Cogió un bichero de la cubierta y lo tomó por la punta, dirigiendo el gancho hacia delante, asomándose cuanto podía en la borda. Alcanzó la de su embarcación y efectuó una tracción suave, lenta, único modo de obtener resultado.

Entonces.

Entonces, cuando las dos lanchas se estaban juntando, Daniel vio la cosa roja en el fondo. Una cosa roja, inmóvil. Muy brillante. Y algo más. Algo que le hizo palidecer. El agua era muy clara y se veía aceptablemente bien el fondo; no debía haber allí más de veinticinco pies de profundidad.

Retiró precipitadamente el bichero, olvidado de su lancha, y miró con más atención. Bueno, él podía equivocarse, pero... Durante un par de minutos se dedicó a buscar frenéticamente por la lancha, pero no encontró nada relacionado con equipo submarino. Numps Leeper tenía todo lo relacionado con la pesca de caña; pero, evidentemente, las profundidades no eran de su agrado. Tuvo que recurrir de nuevo al bichero, y saltó a su lancha cuando aún estaba algo alejada.

Tampoco allí había ni siquiera unos lentes acuáticos.

Refunfuñando, Daniel se desnudó. Miró a su alrededor, y puesto que no parecía que nadie fuese a acercarse por allí, decidió que era una lástima mojarse los calzoncillos. Se los quitó también y se tiró al agua completamente desnudo. No era un gran nadador, pero algo conseguiría.

Abrió los ojos apenas estuvo bajo el agua. Distinguía las cosas, pero muy borrosas. De todos modos, la cosa roja estaba debajo de él, la veía bien. Profundizó y los oídos empezaron a chillarle cuando llegó a los veinte pies. Con un esfuerzo más...

Realizó el esfuerzo. La «cosa» roja se definió: era una camisa. También había unos pantalones blancos y unas zapatillas del mismo color...

Claro: dentro de todo esto había un hombre.

Numps Leeper.

¿Numps Leeper?

Daniel nadó furiosamente hacia la superficie. Apareció buscando aire con desesperación, jadeando fuertemente, cerrados los ojos. Estuvo así unos segundos, recobrando el aliento.

Bien. Fuese o no fuese Numps Leeper, era un hombre, de eso no cabía duda. De lo que tampoco cabía duda era que él solo no iba a poder sacarle de allí.

De modo que regresó a la lancha, se estuvo secando al sol unos minutos, reflexionando, y finalmente se vistió. Se metió en las

cabinas de su lancha y halló a Smallwood bien despierto, con la sangre ya seca en su boca, intentando desatarse.

—Smallwood: ¿quién llamó a Leeper por teléfono a su motel?

—No lo sé.

—No sea estúpido. Le han matado. Numps Leeper está en el fondo del mar debajo nuestro. ¿No lo entiende? Quien le llamó quería matarle. Y lo ha hecho. ¿Quién le llamó?

—No lo sé, maldito sea...

Daniel comprendió que Smallwood estaba diciendo la verdad. Debía saber muchas cosas, pero no aquélla. ¿Había conocido Leeper a la persona que le llamó? ¿Sí o no? Había acudido a la cita, pero eso no debía significar nada forzosamente. Quizá era un asunto que le interesaba, aunque no supiese inicialmente con quién entrevistarse. O quizá sí lo sabía...

Melisent Colley. ¡Ella debía saber quién había llamado a Numps Leeper!

Daniel se aseguró de que Smallwood continuaba sólidamente atado. Luego le quitó los cigarrillos y subió a cubierta. Bueno, el Fisherman estaba anclado, de modo que continuaría allí. También Leeper continuaría en el mismo lugar...

Puso la lancha en marcha, tomando rumbo Norte inmediatamente.

CAPÍTULO VIII

La siguiente sorpresa la tuvo a la altura de Indian Beach Park, ya divisando perfectamente la playa Miami Beach y a las muchísimas personas que en ella había tomando el sol o bañándose. Lo veía todo muy lejos, muy pequeño...

Vio la otra lancha, azul y blanca, flotando a la deriva sobre la blanca espuma, y desvió un poco su marcha por si había ocurrido allí algún accidente.

Cuando estaba muy cerca vio a la mujer poniéndose precipitadamente un bikini amarillo..., y el corazón de Daniel M. Chambers dio un quintuple salto mortal.

Cuando su lancha se detenía junto a la otra ya había reconocido a Emily Regan, la rubia bombón de los ojos color violeta.

Y también ella pareció asombrada.

—Señor Chambers... —musitó—. ¿Qué hace usted aquí?

Daniel la contempló pensativamente desde las tres yardas escasas que separaban sus embarcaciones. Emily Regan había hecho una pregunta ciertamente lógica. En cambio, si él le preguntaba lo mismo a ella, seguramente quedaría como un tonto, ya que sabía bien lo que la muchacha estaba haciendo en su lancha y bajo el sol.

Así que Daniel optó por sonreír.

—Estoy tomando el sol —explicó.

—Oh...

—Pero no como usted, bombón.

—Ya veo... —rió ella—. Por el amor de Dios, señor Chambers, no me haga concebir esperanzas: no me diga que me ha estado buscando para verme... tomar el sol.

—Es un buen motivo para hacerse a la mar, ¿no cree?

—Para un hombre supongo que sí —sonrió maliciosamente

Emily Regan—. ¿Qué es lo que pasa ahora?

—¿Ha de pasar algo?

—No me engañe —ella le apuntó acusadoramente con un delicioso dedito—: ¿me está vigilando o no?

—Le aseguro que no. Yo estoy tan sorprendido como usted.

—Entonces no está demasiado sorprendido, porque yo no le creo. Esto no es una casualidad... ¿Qué es lo que quiere ahora de mí, señor Chambers?

Daniel notaba su sangre desplazándose a oleadas brutales. No era un hombre de piedra, ni mucho menos: aquel tipito, el fino cuello, la piel dorada, los enormes ojos... ¡color violeta además!

—Señorita Regan: ¿cree qué ha pasado el tiempo suficiente para que otro bombón no me produjese indigestión?

Ella ladeó la cabeza, entornó los ojos y frunció la boquita alargada y llena.

—Usted sabrá —susurró.

Y el mar pareció repetir el susurro: usted sabráaa..., usted sabráaaa..., usted sabráaaa...

—Emmm... ¿Puedo probar? Me acercaré más y así...

—No se moleste...

—Oh, desilusión...

—Quiero decir —hizo ella un mohín— que ya he estado mucho tiempo al sol, de modo que me conviene remojar me. Voy para ahí.

Se dejó caer al agua alegremente. Apareció en el acto en la superficie, y con un par de sus fáciles y elegantes brazadas, quedó junto a la lancha de Daniel. Éste se inclinó sobre la borda, tendiendo una mano. Ella se agarró a ella con las dos suyas y, de un solo impulso, el policía izó a su lancha aquel maravilloso y fino cuerpecillo dorado...

Emily le sonrió.

—¿Dispuesto para el bombón, señor Chambers?

—Eee... Pues... Bueno, si va en serio...

Iba completamente en serio. Ella le besó, y entonces Daniel tuvo que apoyarse en la borda.

—Mi madre...

Emily también parecía afectada, pero musitó:

—¿Qué le pasa?

—Yo... Oh, no sé... ¿Y a usted?

Ella sonrió, con ligero temblor de labios.

—Yo pregunté primero.

—Sí. Claro... Oh, dejémonos de tonterías... Señorita Regan: le aseguro que no estoy en el mar buscándola a usted.

—¿A quién busca?

Daniel se iba recobrando rápidamente.

—A Numps Leeper... ¿Le conoce?

—Así es.

El policía se atragantó.

—¿Conoce a Numps Leeper?

—Bueno, no personalmente... Supongo que se está refiriendo al hombre cuyo nombre estaba escrito en uno de los sobres que nos enseñó en la quinta cuando tomó aquella dirección por teléfono.

—¿Pudo usted leerlo?

—Todos pudimos leerlo.

—Ya... ¿Eso es todo lo que usted sabe de Numps Leeper?

—Absolutamente todo. ¿Por qué?

—¿A quién llamó usted por teléfono cuando la dejé en Collins y la 75th?

Emily volvió a parpadear.

—No llamé a nadie por teléfono. Tomé un taxi y fui a mi apartamento. Me cambié de ropas y me fui a Haulover Beach. Almorcé ligeramente en el restaurante y me vine a tomar el sol. Estar sola después de conocer a ciertas gentes es uno de los pocos placeres que me quedan.

—¿Quiere decir que desde que salió al mar no ha visto ni hablado con nadie?

—Exactamente eso quiero decir.

—¿Qué hace aquí, alejada de Haulover Beach?

La muchacha pareció recuperar su buen humor.

—¿Ha oído hablar de las corrientes marinas?

—Claro...

—Bueno, creo que una de ellas pasa rozando las costas de Florida. Teniendo en cuenta que yo dejo mi lancha a la deriva, no me parece tonto pensar que la corriente me va a arrastrando hacia el Sur. ¿Qué le parece?

Daniel carraspeó.

—¿Quiere venir conmigo, por favor?

—¿Adónde?

—Abajo.

Una chispa irónica apareció en las dos violetas que Emily Regan tenía por ojos.

—Creí que usted no me propondría... esas cosas, señor Chambers.

Daniel enrojeció.

—Sólo quiero que vea a una persona, se lo juro. Oh, demonios, soy un policía; puedo ordenarle...

—¿Ordenarme? ¿Cree que con una orden tendría un bombón?

—No... No lo creo —le rodeó la cintura con un brazo y la llevó hacia las cabinas—. Me gustan sus bombones precisamente porque los regala voluntariamente. ¿Quiere voluntariamente, señorita Regan?

—Con mucho gusto.

En pocos segundos se encontraron delante de Smallwood, que dejó instantáneamente de intentar desatarse y se quedó mirando con ojos desorbitados, con expresión incrédula, a la muchacha.

—¿Le conoce, señorita Regan?

—No. Jamás le he visto.

—¿Está segura?

—Completamente.

Daniel miró a Smallwood, fruncido el ceño.

—¿La conoce, Smallwood?

—No... —gruñó el prisionero hoscamente—. Y todo eso que me he perdido.

—Cierre la boca o le atizo otro puntapié, matón. Vámonos de aquí, señorita Regan.

Regresaron a cubierta, y Emily se quedó mirando fijamente al policía.

—Ha pasado algo, ¿no es cierto? ¿De dónde sacó a ese hombre?

—Lo pesqué... ¿Conoce usted una lancha llamada The Fisherman? Marca «Mercruiser», diecinueve pies, roja...

—Pues no puedo estar segura, pero no creo... Al menos, no la recuerdo.

—¿No ha estado usted cerca de Key Biscayne?

—La corriente sólo me ha traído hasta aquí.

—Entiendo... Bien, si quiere regresar a su lancha... Yo tengo

cosas que hacer.

—Siempre tiene usted cosas que hacer... ¿No quiere decirme lo que ha pasado?

—No. Adiós.

—¿Me despide?

—Bueno...

Emily lo miró con una extraña expresión que desconcertó al policía.

—Ya no voy a tomar más sol... ¿Me admite a su lado?

—No veo la necesidad de...

—No es por necesidad; es por gusto. ¿No va a dejarme estar con usted un rato?

Daniel pensó rápidamente. Su siguiente paso era ir de nuevo a visitar a Melisent Colley, la morenaza. Iba a tener que darle una mala noticia. Bueno, seguramente la Colley no se afectaría demasiado. Pensaría al instante que con sus encantos pronto encontraría otro tipo como Numps Leeper. Pero no estaba mal pensado llevar allá a Emily Regan. Una cosa es decir que no se conoce a una persona y otra cosa es la reacción que se experimenta ante una persona a la cual sí se conoce. ¿Conocía Emily a Leeper y a la Colley... o había dicho la verdad? Porque si los conocía... Él podría, adivinar si las dos mujeres se conocían o no.

—Bombón: me encanta su compañía. Pero no me gustaría que el señor Gennerich la tomase conmigo...

—Si yo no pienso en él, ¿por qué ha de pensar usted?

—¿Por qué ese interés en venir conmigo?

—Me gusta verle.

—Muy amable. De acuerdo, vendrá conmigo de visita. ¿Qué hacemos? ¿Remolcamos su lancha o regresa a ella y la conduce hasta North Shore Park?

—Yo guiaré mi lancha. Además, tengo que vestirme.

—De acuerdo. Sígame hasta el embarcadero.

Ella asintió con la cabeza y saltó de nuevo al agua. Subió fácilmente a bordo y fue hacia el volante. Se secaría rápidamente con el aire. Le hizo una seña a Daniel y éste arrancó primero.

Recorrieron el par escaso de millas que quedaban hasta North Shore Park, y cuando Daniel estaba atracando en el embarcadero se dio cuenta de que la lancha de Emily se había detenido mar

adentro.

Pero lo comprendió todo cuando, al llegar la lancha al embarcadero, la muchacha apareció ya vestida, con una blusita amarilla y unos pantalones negros largos. Llevaba unos zapatitos que parecían de cristal, de tacón alto. Mucho más que un bombón, sí...

Estaba ayudando a Emily a saltar de la lancha cuando vio a Sim Shee acercándose al embarcadero. Le saludo con la mano, ayudó a Emily a saltar a la arena y se dirigieron al encuentro del otro policía.

CAPÍTULO IX

Sim Shee silbó bajito cuando Emily y Daniel se reunieron con él.

—¡Vaya pesca, Dan! —exclamó mirando a Emily.

—Sin caña además... —sonrió Chambers—. Es Emily Regan, la secretaria de Gennerich.

—Oh... Bueno, no se puede decir que Alwin Gennerich sea tonto, ¿eh?

—Señorita Regan: éste es Sim Shee, uno de mis compañeros... ¿Algo nuevo, Sim?

—Tienes que llamar a De Armond. Si quieres ir al teléfono, yo cuidaré de esta encantadora sirena.

—Tengo un trabajo más apropiado para ti. Vete a la lancha y saca al tipo que encontrarás en ella. Se llama Rufus Smallwood y es uno de los que me zumbaron en el apartamento de Bangs.

Los ojos de Shee brillaron malignamente.

—¿Sí? Bueno, le enseñaremos algo... ¿Y Leeper?

Daniel miró de reojo a Emily para decir:

—Está muerto, en el fondo del mar.

Emily soltó un grito que Daniel quiso creer absolutamente sincero. Sim Shee se quedó boquiabierto.

—¿Muerto? ¿Quién lo mató?

—Ni idea, Sim... ¿Y usted, señorita Regan, tiene alguna idea?

Ella miró directamente a Chambers.

—Usted sabe que no —musitó.

—No lo sé —rectificó Daniel—, pero voy a creerla. Ni siquiera sé cómo le han matado, Sim. Está como a veinticinco pies de profundidad, y como no disponía ni siquiera de unos lentes no he podido verle bien. Y... Bueno, lo de que aquel hombre es Numps Leeper puede que sea una errónea suposición mía.

—Claro... Pero tú no lo crees.

—No. Yo juraría que es él. Bueno, ve a buscar a ese Smallwood a la lancha. Te esperamos en el coche... ¿Dónde lo tienes?

—En el *parking*, claro.

—Te esperamos allá.

Con toda naturalidad, Daniel tomó a Emily de un brazo, con lo que la muchacha tuvo que cambiarse al otro su bolsito de paja. Eso fue todo. Y siguió siendo todo cuando Daniel, mientras caminaba, iba acariciando la primorosa piel del bracito. Un bombón.

Localizó el coche que estaba utilizando Shee, abrió una portezuela, indicando a Emily que se sentase en aquel lado, y él pasó por delante del coche para acabar sentándose ante el volante.

En unos segundos, por medio de la radio, estuvo al habla con De Armond.

—¿Me consiguió ya eso, señor?

—Sí, Dan. Jonah Hartwell: estafa.

—Miran... Estafa... ¿o mala suerte?

—¿Mala suerte? No te entiendo, Dan.

—Le pregunto si se le acusó de estafa premeditada o si sólo se le acusó de eso porque no pudo cumplir sus compromisos, pero sin causa de mala fe.

—¡Qué demonios...! Estafa en letras gordas, Dan.

—De acuerdo. Nos han matado a Leeper, señor. Encontré su cadáver en el fondo del mar, debajo de su lancha... Como usted ve, no se trata de un caso vulgar y sin brillo. Ya sumamos dos asesinatos nada menos.

—Sí, ya veo... ¿Qué vas a hacer ahora?

—Atrapé a un tipo que quería atrapar a mí. Se llama Rufus Smallwood, y con Leeper forma la pareja que me atizaron en el apartamento de Bangs. Esto..., acerté de lleno en todo aquello de la herencia del chantaje que Bangs ejercía sobre Gennerich. O sea, que Leeper y Smallwood querían «heredar». Le voy a enviar a Sim con Smallwood. A ver si le retuercen bien el pescuezo por si sabe algo.

—De acuerdo. ¿Y el cadáver de Leeper?

—De momento me voy a buscar a Melisent Colley. Imagino que ella tiene que saber algo sobre quién llamó a Leeper citándole en el mar. Eso, claro, sería una pista magnífica. Después de charlar con ella otra vez creo que me la llevaré en una lancha a recoger el

cadáver de Numps Leeper. Quizá al verlo asesinado se decida a decir lo que sabe.

—Entiendo lo siguiente: vas a enviarme a Smallwood con Sim y tú te irás al Abbott Towers Motel a charlar con la Colley. Si ella no quiere hablar allí mismo, te la llevarás al mar para que se impresione al ver el cadáver de Leeper cuando lo saques del agua y se decida a hablar. ¿Correcto, Dan?

—Correcto, señor. Y en el motel recogeré a Pete, al cual me llevaré luego en la lancha para que me ayude a sacar a Leeper a la superficie.

—¿Algo más?

—No, señor.

—Pues vale.

—Vale.

Daniel colgó el micro y cerró la radio. Miró a Emily, que lo miraba entre sorprendida e interesada, y sonrió.

—¿Un cigarrillo, señorita Regan?

—Bueno.

—Son de Smallwood. Los míos se acabaron con mi paciencia... ¿Qué opina del trabajo de un agente del Police Department?

—Interesante —sonrió ella tras prender el cigarrillo.

—A veces las cosas se presentan algo enredadas, pero nosotros las resolvemos... en la mayoría de los casos. ¿Se le ocurre a usted algo que pueda ayudarme en esta investigación?

—¿Por qué pregunta eso? Yo no sé nada...

Daniel sonrió más anchamente.

—Claro... Por allá viene Sim con Smallwood. Nosotros tendremos que apearnos... ¿Todavía quiere continuar a mi lado, señorita Regan?

—Es una simpática experiencia.

—Oh... Creí que había dicho que le gustaba estar conmigo.

—Y es cierto. Si quiere...

Daniel le hubiese rota la cara a Sim Shee cuando éste metió la cabeza por la ventanilla justo en aquel momento, en que Emily iba a ofrecer algo... que quizá fuese un bombón.

—Aquí estamos, Dan.

—¿Sí? —Gruñó Chambers—. Bueno, pues llévatelo.

El y Emily se apearon, y Sim empujó al maniatado y deteriorado

Smallwood al interior del coche.

—¿Qué hacemos con este tipo en Departamento, Dan?

—Trabajadlo. De Armond ya sabe de qué va.

—Okay. ¿Algo más?

—Nada, Sim. No lo pierdas de vista. Hasta luego.

—Ciao... Adiós, encanto.

Puso el coche en marcha, dio la vuelta en el *parking* y salió a uno de los senderos que llevaban a la salida del North Shore Park.

—Nosotros tomaremos un coche también, señorita Regan. Lo dejé más afuera cuando vine al parque.

Fueron hacia allá y se metieron en el coche que Daniel estaba utilizando. Salieron del North Shore a Collinse Avenue, casi en el cruce con la 73rd Street. Sólo tenían que continuar por Collins hasta la 75th y seguir por ésta hasta el cruce con Abbott Avenue.

Pete McCure estaba muerto de asco, tumbado en el asiento del coche, con una colilla apagada en los labios y la corbata torcida. De tanto mantener «los ojos abiertos» y fijos en la entrada al Towers Motel tenía la sensación de que se estaba pareciendo más y más a una lechuza.

Pero se reanimó completamente cuando, tras detener el coche algo más arriba, Daniel y «aquella maravilla universal» se dirigieron hacia donde estaba él. ¿De dónde habría sacado Dan aquel maravilloso artefacto llamado mujer? Ciertamente que Dan era un tipazo de los que tumban a las chicas, pero es que ella incluso podía tumbar al propio policía.

—Por mi abuela, Dan —protestó cuando los dos llegaron—: tú siempre encuentras cosas estupendas.

—Tómatelo con calma, Pete; tú no eres millonario.

—¿Y qué? Tampoco lo eres tú, ¿eh?

Daniel se mordió los labios un instante. Miró a Emily y vio la sonrisita irónica en sus dulcísimos labios. La tomó del brazo y la ayudó a entrar en el asiento posterior, siguiéndola él al mismo asiento, con lo que Pete tuvo que volverse.

—¿Algo nuevo, Pete?

—Sólo que me siento como una lechuza. Llevo más de tres horas aquí.

—¿Ella no ha salido?

—Por esa puerta, no. ¿Y Leeper?

—Muerto.

Pete McClure se atragantó.

—¿Muerto? Demonios... ¿Se te puso difícil?

—No he sido yo, Pete. Alguien le mató y le tiró al agua... Vamos a ver a la Colley. Por el camino te lo cuento todo.

—Está bien... —señaló con la barbilla a Emily—. ¿Y ella?

—Tuve la estupenda sorpresa de encontrarla en el mar... tomando el sol. Va a venir con nosotros.

—¿A ver a la Colley? ¿Por qué?

—Dice que le gusta estar conmigo —sonrió Daniel.

McClure abrió la boca, miró a uno, a otro, la cerró bruscamente, los volvió a mirar alternativamente y gruñó:

—Bueno, vamos allá.

Se apeaban los tres del coche poco después.

Daniel tomó de nuevo a Emily por un brazo y se dirigieron hacia la entrada del motel, explicando Chambees a McClure las cosas, simplificadas, y omitiendo todo aquello que, sin dejar lagunas en la comprensión de McClure, no eran de la incumbencia de la muchacha... En el supuesto de que alguna cosa fuese de la incumbencia de Emily Regan.

Poco después se deterjan ante la puerta de la cabaña, en el porche. Daniel pulsó el llamador y dentro se oyó el ya conocido «do-re-mi-fa» tipo carillón.

A los quince segundos Daniel repitió la llamada, mirando de reojo a McClure.

Al medio minuto, McClure estaba pálido, y Daniel empezaba a mirarle furiosamente.

—Parece que no está, ¿eh, Pete?

—Eee... Bueno, Dan, quizá se marchó por otro sitio...

—Quizá. Debí poner más vigilancia.

—A lo mejor está durmiendo...

—Ve a buscar al encargado... No. Es perder tiempo. ¿Llevas alguna llave encima?

—No...

Daniel se sentía más malhumorado a cada instante.

—Ve a pedirle la llave de esta cabaña al encargado del motel. De prisa.

—Sí, Dan.

McClure regresó apenas un par de minutos más tarde. Detrás de él, pero indeciso y bastante alejado, iba un hombre, que debía ser el encargado...

Daniel metió la llave en la cerradura, dio la vuelta y empujó la puerta. Entró, dio unos pasos hacia el acondicionado interior de la cabaña, que estaba en penumbras debido a las casi cerradas persianas graduables, y llamó:

—Señorita Colley...

Se dio cuenta de dos cosas al mismo tiempo.

Una: sus pies estaban chapoteando en algún líquido.

Dos: estaba oyendo el rumor del agua saliendo de un grifo.

Avanzó un par de pasos más y el chapoteo de sus pies fue más fuerte, y oyó mejor el ruido del agua cayendo sobre agua. Fue hacia el ventanal y abrió las graduables, llenándolo todo de luz del sol.

Se volvió. El agua salía del cuarto de baño, cuya puerta estaba en el fondo del gran *living*..., abierta. Pete McClure y Emily lo miraban fijamente, todavía en el umbral. Les hizo una seña de que continuaran allí, se dirigió al cuarto de baño, chapoteando, oyendo más y más claramente el ruido del agua.

Llegó al cuarto de baño. Entró.

La bañera.

El agua iba cayendo en ella, humeando ligeramente. Agua caliente para un cadáver.

Porque Melisent Colley estaba allí, en la bañera, dándose un baño de agua caliente que muy poco podía conformarla. Completamente desnuda, completamente metida en el agua, sumergida.

Daniel cerró el grifo, y el agua dejó de moverse. Entonces pudo ver mejor a Melisent Colley y el tajo que tenía en la garganta. El agua había corrido demasiado, llevándose la sangre. Tenía un hermoso cuerpo, pero era seguro que de nada iba a servirle ya a la Colley.

Había otro cadáver en la bañera: el del perro-ratón, el del estridente animalito llamado «Mouse», el «cariñito» de Melisent Colley; el animalejo estaba cerca de los pies de su dueña, también hundido, pero no parecía que tuviese ninguna herida.

El policía se pasó la lengua por los labios, súbitamente secos. Sentía la garganta agarrotada, frío en la espalda... Un caso vulgar y

sin brillo, ¿eh?

Salió del cuarto de baño, siempre chapoteando.

—Entra y cierra la puerta. Pete. Que no entre nadie.

—¿Qué pasa?

—Haz lo que te digo.

McClure obedeció. El y Emily quedaron en la punta del *living* mirando a Chambers. Éste acababa de pisar algo duro cerca del diván. Se inclinó, recogió el objeto y se le quedó mirando desconcertado en la palma de su mano. Era un trozo de cristal... Se acercó a la ventana y lo examinó mejor, mientras McClure echaba una ojeada al cuarto de baño. Cuando salía de allí, pálido, Emily parecía dispuesta a entrar también; pero se lo impidió.

—Pete, ven acá.

McClure fue hacia el ventanal, enfrentándose a Daniel.

—¿Qué hay?

—Acércate más. Y dime en voz muy baja qué es lo que crees tú que es esto. No te precipites; piénsalo.

McClure se rascó la barbilla, mirando el trozo de cristal. Al fin susurró:

—Un trozo de cristal de unas gafas... ¿No?

—Correcto. Ahora escúchame bien...

Chambers acercó su boca a una oreja de McClure y estuvo hablando así durante un minuto. Luego, sin más palabras, Pete McClure se marchó de la cabaña.

—¿Qué... qué está pasando? —musitó Emily.

Daniel la miró fijamente.

—Han matado también a Melisent Colley, señorita Regan: le han cortado el cuello. Igual que a Nick Bangs.

—Dios mío...

Daniel sonrió secamente. Se acercó a ella y le palmeó un bracito.

—Siéntese en ese sillón y no se mueva. Procure no pisar el agua por ningún motivo. Esto ya no es lo que pensábamos, así que pórtese bien, sea obediente.

—Sí... Sí...

—Guapa chica... Bombón.

Emily Regan mostró una sonrisita crispada, pero no parecía que se encontrase muy tranquila ni precisamente con ánimo de sonreír o bromear.

Daniel fue al teléfono. En pocos segundos estuvo al habla con Ezequiel de Armond.

—¿Y ahora, Dan?

—La Colley, señor: degollada.

Hubo un instante de silencio. Luego:

—Dios santo... ¿Qué está pasando, Dan?

—Envíeme a los muchachos, señor. Creo que no encontrarán ninguna huella, pero hay que probarlo, claro. Que venga también el forense y un coche de la Morgue.

—Dan, dime la verdad: ¿estás desorientado? ¿Necesitas...?

—No necesito nada. Sólo lo que le he pedido, señor.

—Mmm... ¿No te va bien decirme nada ahora, Dan?

—Exacto.

—De acuerdo. ¿Cuánto calculas que hace que la mataron?

—No lo sé. Yo salí de aquí hacia la una y media aproximadamente. Son las sus menos veinte. Ha podido ser en cualquier momento de ese largo intervalo. Pero será difícil averiguarlo: estaba en la bañera.

—Ya... ¿Con agua caliente, eh?

—Sí, señor. Dejé a Pete ante la puerta del motel, ya sabe; pudieron entrar por otro lugar.

—Está bien. Te envío a los muchachos... Y yo voy también, Dan.

—Estupendo.

De Armond colgó y Daniel hizo lo mismo. Miró a la muy impresionada Emily Regan y se sentó ante ella en otro sillón, encendiendo un cigarrillo.

—¿Se siente bien, señorita Regan?

—No... no lo sé... Creo que estoy algo... mareada.

—Quizá debería ponerse sus gafas, ¿no? Cuando no se tiene buena vista... Dicen que a veces se marea uno si tiene deficiencias en la vista.

—Mi vista es excelente... Tan sólo tengo un ligero estigmatismo, de modo que sólo llevo gafas cuando trabajo... Y casi es más coquetería que otra cosa.

—Sí, claro... De todos modos, quizá convendría que se pusiese las gafas ahora, ¿no?

—¡Claro que no! ¿Qué es lo que pretende usted? Además, las dejé en mi apartamento, como siempre.

—Creí que las llevaría en ese lindo bolsito.

—Aquí solo... sólo llevo lápiz de labios, polvos, algo de dinero, llaves... Cosas así. Ya le digo que sólo necesito mis lentes, y no demasiado, cuando trabajo. ¿Qué es lo que ocurre?

—Sólo intento ser solícito con usted, eso es todo.

—Gracias... ¿Qué hacemos ahora?

—Esperar... Esperar, señorita Regan.

Ezequiel de Armond y Daniel Chambers escuchaban atentamente las explicaciones del forense.

—Por supuesto, a ella la degollaron en la bañera. Primero recibió un golpe contundente en la cabeza, la llevaron allá y le cortaron el cuello. Lo del agua caliente, tal como ustedes han dicho, es, en efecto, un truco para ocultar la hora del asesinato. Todos sabemos que el calor retrasa la rigidez *post mortem*, de modo que ese cuerpo sumergido en la bañera lo mismo puede haber sido cadáver a las dos que a las cuatro. Quizá incluso a las cinco.

—Pongamos... ¿entre dos y cinco?

—Lamento no poder puntualizar más. Podría decir entre las dos y media y las cuatro y media...

—No se preocupe —cortó Daniel—. Está bien ya, gracias. ¿Y el perro?

—Al pobre animalito le rompieron el cuello simplemente. Debió ser muy fácil.

—Seguro que sí... Bien, eso es todo.

El forense se alejó. Había gran conmoción en toda la cabaña y delante de ésta, en la explanada. Varios agentes cuidaban de mantener el orden, mientras otros buscaban toda clase de huellas en la cabaña. Daniel y De Armond estaban de pie, cerca de la puerta, y Emily Regan continuaba sentada en el sillón.

—Mala suerte, Dan —musitó De Armond—. Me temo...

—Espere... Por ahí llega Pete. Quizá nos diga algo interesante. Salgamos de aquí.

Interceptaron el paso a McClure como a diez yardas de la cabaña. Daniel miró ansiosamente a su compañero.

—¿Y..., Pete?

—Correcto Dan. Las tengo.

—Déjamelas ver. Con cuidado, que no se te vea desde la cabaña.

McClure se colocó de lado, abrió un lado de la chaqueta y sacó

del bolsillo interior unas gafas de montura negra, a las que les faltaba uno de los cristales.

—¿Estaban en la lancha de ella, eh, Pete?

—Sí... Pero no lo entiendo... Pudo tirarías al mar...

—¿Por qué? Era mucho más fácil guardarlas, colocar un cristal nuevo, y listo. Dámelas. Y ve a buscarla a ella. No le digas nada de esto, claro.

—Claro.

McClure se alejó y De Armond gruñó:

—¿Qué pasa con estas gafas, Dan?

Daniel sacó del bolsillo el trozo de cristal y lo colocó en el hueco de las gafas.

—Este trozo de cristal estaba en la cabaña. Las gafas son de Emily Regan.

De Armond se mordió los labios y miró hacia la cabaña.

—¿Ella? ¿La secretaria de Gennerich? ¿Crees...?

—La chica me ha dicho que sólo necesita las gafas para trabajar. Y es cierto, supongo, porque me demostró que tenía muy buena vista. La primera vez, cuando leyó los nombres de Leeper y la Colle en la quinta de Gennerich. La segunda, en el mar. Sin embargo, este trozo de cristal estaba en la cabaña y las gafas en la lancha de la chica. Y ella me ha dicho que las dejó en su apartamento.

—Quizá tenga dos pares...

—No sé. Voy a seguir yo sólo con esto, señor, si usted me lo permite.

—Por supuesto. Ya quedamos en que el caso era tuyo. Llévate a tus compinches Pete y Sim...

—No. Al decir sólo me refiero a que no quiero a nadie junto a mí por el momento.

—¿Crees que es lo acertado?

—Sí, señor.

—Bueno... Mmmm... De acuerdo, Dan: sé que harás lo mejor posible... Ahí viene Pete con la chica.

—Ella y yo nos vamos. ¿Se encarga usted...?

—Deja lo demás de mi cuenta, muchacho.

—Gracias.

CAPÍTULO X

En el embarcadero de North Shore Park había otra sorpresa para Daniel M. Chambers. Cuando llegó allá con Emily Regan aparecieron los jóvenes esposos Hartwell, en atuendo deportivo, sonrientes, llamando su atención con gestos joviales.

—Hola, Emily... Vimos tu lancha aquí y te hemos estado buscando por el parque, por el bar... ¿Dónde estabas?

—Estaba conmigo —explicó Daniel—, haciendo una visita.

—¿Una visita? Emily, dinos...

—Perdone que la interrumpa, señora Hartwell —cortó Daniel sonriendo cortésmente—; pero debo alejarme unos instantes. ¿Me disculpan?

—Oh, claro...

—¿Adónde va usted? —preguntó Emily.

—Voy a ver si el patrón de mi lancha dispone de algún par de aletas, unos lentes...

Jonah Hartwell le miró extrañado.

—¿Va a bucear ahora?

—No tengo más remedio. Debo sacar algo del fondo del mar. Y no puedo hacerlo sin lentes; no veo bien. Pero, sobre todo, necesito las aletas para...

—Bueno, si lo que quiere es un equipo submarino, yo tengo de todo en nuestra lancha —ofreció Hartwell—. Y si se trata de bucear, le ruego que me permita ayudarle. Me encanta bajar.

Daniel parecía agradablemente sorprendido.

—Acepto encantado, señor Hartwell... Muy amable, gracias. Bueno, sería conveniente que no perdiésemos tiempo, pues dentro de una hora casi será de noche...

—Podemos ir todos en nuestra lancha —propuso Hartwell—. Es

veloz y segura y hay de todo en ella. Será menos engorroso que llevar equipo de un lado a otro.

—Cierto —admitió Daniel.

—Bueno..., ¿a qué estamos esperando? Y... ¿qué hay que sacar del mar, señor Chambers?

—Un cadáver.

Gertrude y Jonah se miraron, para, inmediatamente, volver a mirar a Daniel.

—¿Un... cadáver? —musitó Hartwell.

—El de un tal Numps Leeper. ¿Le conocían?

—Pues... Bueno... Me temo que quizá fuimos indiscretos, pero cuando usted sacó aquellos sobres...

—Oh, ya sé... Me refiero a si le conocían de cualquier otra... circunstancia.

Los Hartwell alzaron las cejas.

—No... ¿Por qué?

—Porque alguien tiene que conocer a Numps Leeper, digo yo... ¿Qué tal si nos apresuramos?

Eran más de las siete y media cuando Daniel subió a la superficie, resoplando, llevando el cadáver de Numps Leeper. Las aletas le daban mayor velocidad, lo que le permitía aprovechar más el tiempo de inmersión, y más potencia al nadar, con lo cual había podido con el cadáver, que había localizado fácilmente con los lentes acuáticos en las ya oscuras aguas del fondo.

Jonah Hartwell, que le había ayudado en todo momento, subió el primero a bordo, tirando su fusil sobre la cubierta. Inmediatamente ayudó a Daniel a subir el cadáver a la lancha.

Segundos después subía Daniel, con su fusil metido en la presilla de cuero colocada para tal propósito en el *slip* que le había proporcionado Hartwell, quien, en efecto, poseía un completísimo equipo de pesca submarina. Y lo utilizaba. Según él, aquellas horas eran las más peligrosas con respecto a la posible presencia de tiburones. Por eso ambos hombres habían descendido cada uno con un fusil de arpón.

Daniel se inclinó sobre el cadáver de Numps Leeper, poniendo una rodilla sobre la cubierta.

No.

No le habían degollado. Simplemente, justo sobre el corazón,

mostraba dos limpios agujeros de bala.

Se incorporó y miró a Emily Regan.

—Bueno, señorita Regan: aquí tenemos a una de sus víctimas.

Emily Regan palideció. Dio un paso atrás.

—¿Qué... dice...?

—Usted lo sabe muy bien, señorita Regan.

—¿Está... loco?

Daniel miró a los Hartwell, los cuales miraban a Emily fijamente, expectantes.

—¿Loco? —sonrió Daniel—. Le diré lo que pienso, señorita Regan: usted no ama a Alwin Gennerich. Oh, no se molestó en decir que sí. Sería perder tiempo. Usted es su secretaria simplemente. Pero una secretaria tan bombón, que el señor Gennerich decidió elevarla de empleo: al de esposa, nada menos. Usted ha dejado que el hombre fuese creyendo lo que quisiera. Pero no pensaba casarse con él, porque... porque usted es... digamos muy apasionada... ¿Por qué casarse con un hombre que tiene doble edad que usted? Pero... ¡Ah, tampoco se resignaba a dejar de ser rica, señorita Regan! ¡Qué buena oportunidad le concedió el pobre Nick Bangs! Usted le fue llevando cantidades hasta los sesenta mil dólares. En la última entrega le esperó, le siguió... y pudo matarle.

—¡No!

—Yo creo que sí... ¿Cómo podía Bangs creer que una muchachita tan deliciosa, tan bonita, tan delicada iba a ser capaz de cortarle el cuello? Pero sucedió. Ató una cuerda y un peso a los pies de Bangs y le tiró a la bahía desde su lancha. Pero lo hizo muy mal, porque la cuerda se soltó.

Una extraña expresión apareció en los hermosos ojos de Emily Regan.

—¿Y qué más, señor Chambers?

—Luego pidió usted misma los cien mil dólares, y, claro, cuando Gennerich se los entregó usted ya no tenía por qué darlos a nadie. Se los quedó. Pensaba ir pidiendo cantidades fuertes, hasta que Gennerich se cansase de pagar. Entonces se marcharía de Miami... A cualquier sitio. ¿Qué más daba? Tendría dinero y, en cambio, ninguna necesidad de soportar a un marido mucho mayor que usted. Pero, apenas recibida la primera suma, todo se echó a perder en cuanto yo aparecí en la quinta. No es necesario repetir lo que se

habló allí. Usted salió conmigo, citó a Leeper en el mar y le mató. Luego fue a matar a Melisent Colley. Y, por último, tranquilamente, se puso a tomar el sol. Sí... Es usted un bombón..., pero con veneno.

Emily Regan miraba a Daniel cada vez más perpleja su expresión; pero, al mismo tiempo, divertida.

—Es usted muy listo —metió la mano en el bolso y sacó una pistolita, que quedó apuntada al pecho de Daniel—. Pero me temo que de nada va a servirle.

Daniel se quedó mirando la pistola, sin dejar de sonreír. Miró a los Hartwell, que parecían petrificados, en suspenso.

—¿Piensa matarme y tirarme al agua, señorita Regan, igual que hizo con Bangs y con Leeper? Vamos, dispere, bombón... con veneno.

—Es una buena idea —admitió Emily Regan.

Y apretó el gatillo.

Daniel estaba junto a la borda. Se llevó las manos al pecho, miró con ojos desorbitados a la muchacha, se inclinó hacia atrás y desapareció hacia el agua.

Se oyó el fuerte chapoteo de su cuerpo. Luego, nada.

Es decir, el incesante rumor del mar.

Jonah Hartwell se abalanzó hacia la borda y mire el agua, ya cerrada sobre el cuerpo de Daniel M. Chambers. Luego se volvió velozmente hacia la muchacha.

—¿Qué has hecho, Emily? ¡Has matado a un policía!

—¿Y qué?

—¡Te ejecutarán por eso! Santo Dios, ¿estás loca?

—Yo no, Jonah. Pero tú y tu esposa, sí. Poneos los dos hacia allá.

—Escucha... Guarda esa pistola... Lo arreglaremos, Emily... Lo arreglaremos todo...

—No podremos arreglar nada, porque el capitán De Armond sabe perfectamente que yo me vine aquí con Daniel. Encontrarán su cadáver... y me pedirán cuentas a mí, claro. Siempre a mí.

—Entonces... ¡estás perdida!

—Eso parece... —sonrió la muchacha—. Que es justamente lo que vosotros habéis estado buscando, Jonah, Gatty...

—¿De qué hablas ahora? ¡Convendría...!

—Convendría que hablásemos, Jonah. Quiero una parte.

—Una... ¿Una parte? ¿De qué?

—Escuchad... Es cierto que yo no quiero casarme con Alwin. Pero sí quiero dinero. Vosotros me lo daréis.

—Pero...

—Oh, vamos, Jonah: tú mataste a Nick Bangs, y a Numps Leeper, y a Melisent Colley... ¿Quieres que te diga cómo?

De pronto, Jonah Hartwell sonrió.

—¿Cómo lo hice, Emily?

—Me seguiste la última vez que fui a entregarle dinero a Bangs. Lo viste. Le dejaste marchar, te enteraste de dónde vivía. Lo citaste o lo seguiste más adelante, lo mutilaste astutamente..., ¡y al mar! Y fuiste tú quien pediste los cien mil dólares, y quien los recogió cuando yo los llevé.

—¿Por qué tenía que hacer eso, Emily? —sonreía Jonah.

—Porque querías sacarle a tu suegro todo el dinero posible antes de que yo me casase con él. Si me casaba con Alwin, era lógico que tuviésemos hijos. En tal caso, la fortuna de Gatty iba a disminuir notablemente. Por tanto, convenía sacarle a Alwin todo el dinero posible antes de que eso sucediese. Y antes de que él, cegado en mí, os disminuyese la... pensión. Había que recoger cuanto más dinero mejor, antes de mi boda con Alwin... ¿No es eso, Jonah?

—Lo es —casi rió Hartwell.

—Luego, nos visitó el agente Chambers, del Police Department. Tú viste los dos nombres escritos en los sobres y oíste la dirección del motel donde vivían Leeper y Melisent Colley. Tuviste miedo de que, efectivamente, ellos fuesen a continuar el chantaje, con lo cual te lo echarían todo a perder. Y hasta era posible que te molestasen más que Nick Bangs. Entonces, decidiste matarlos a los dos. Así, todo quedaba solucionado... Sobre todo, si conseguías acusarme a mí. ¿No era estupendo? Aparte de librarte de un chantaje, te librabas de mí, con lo cual, Gatty continuaría siendo única heredera de su padre, eso está claro. Y como sabías que yo iba a venir al mar a tomar el sol, ideaste lo de Leeper. Lo llamaste, puesto que sabías su dirección y le citaste en el mar. Y le mataste. Luego, fuiste a asesinar a Melisent Colley. Finalmente, te reuniste con Gatty en algún lugar de la playa... y ya está. Pero, quisiste exagerar mucho la nota, Jonah.

—¿Oh, sí? ¿A qué te refieres?

—A mis gafas. Fuiste a buscarlas a mi apartamento de pasada hacia el Towers Motel. Y dejaste un trozo de cristal en la cabaña del motel. Luego, cuando fuiste a reunirte con Gatty en el lugar donde ella te esperaba después de venir los dos de matar a Leeper, subisteis a la lancha y me buscasteis por aquí. Cualquiera de los dos tenía que colocar mis gafas en mi lancha. Pero aún os fue mejor, porque la visteis vacía, en un embarcadero... ¡Cuánta suerte, y qué bien os salía todo, Jonah! Colocasteis las gafas en algún lugar visible y os alejasteis para volver luego y simular que entonces me veáis...

—Está bien, veo que eres muy lista, Emily.

—¿Yo? —La muchacha se echó a reír—. ¡Pero si yo sólo he estado diciendo lo que Daniel Chambers dedujo en el coche, mientras íbamos del motel al embarcadero!

—¿Eh...? ¿Qué... qué dices...?

—Todo esto lo pensó Chambers, Jonah..., no yo. Me interrogó, me amenazó, me suplicó... Poco a poco, no sé por qué medios, su cabezota fue encontrando las piezas del rompecabezas... Íbamos a ir a buscar el cadáver de Leeper, pero todavía sin saber quién o quiénes podrían ser los asesinos cuando, de pronto, aparecisteis vosotros. El policía estaba convencido de que yo no era una asesina, y que, además, difícilmente podría decapitar a Bangs, o arrastrar a Melisent Colley hasta la bañera después de golpearla, ni tampoco me creyó capaz de romperle el cuello a un perrito, aunque éste me hubiese mordido... Jonah: ¿por qué llevas ese tafetán plástico en la mano?

—Es cierto —sonrió Hartwell—: el perrito se puso tonto, me hincó sus asquerosos dientecillos... y tuve que romperle el cuello. Demonios, era muy listo ese Chambers, ¿eh?

—Eso parece, Jonah.

—Pero tú también lo eres, Emily, puesto que piensas sacar dinero de la situación.

—No quiero tu sucio dinero. Lo que vamos a hacer ahora, Jonah, es ir al P.

D. Tú

y tu linda y millonada esposa no lo vais a pasar muy bien: tres asesinatos es demasiado.

—¡Sabía que no saldría bien! —gimió Gertrude—. ¡Ya te lo dije, Jonah, pero me convenciste...! ¡Me convenciste de que Emily nos lo quitaría todo, si tenía hijos con papá...! ¡No podía salir bien! ¡Ya ves...!

—¡Cállate! ¿Acaso te crees que esta estúpida va a ir a contarle todo el asunto a la policía?

—¿No crees tú que lo haga, Jonah? —preguntó Emily.

—No hagamos más tonterías —gruñó el asesino—. Está bien, yo he asesinado a tres personas, y todo eso.

Pero tú quieres tu parte de dinero, sin tener que casarte con mi suegro. ¿Es eso?

—No quiero dinero. Os llevaré a la policía.

—¡Deja ya ese cuento! ¿Cómo vas a llevarnos allá si acabas de matar a uno de sus hombres para que tanto tú como nosotros salgamos beneficiados?

—Iremos al P. D. y lo contaremos todo.

—¿El qué?

—Que tú eres el asesino y tu esposa la cómplice.

—Y yo diré que tú has asesinado al policía Chambers... Además, ¿quién iba a creerte a ti, después de saber que has matado a un agente del Police Department?

—Yo mismo.

La voz sonó a espaldas de los Hartwell. Jonah se volvió como una centella y vio a Daniel Chambers aferrado a la borda, mirándole duramente. No había la menor señal de sangre en su pecho.

—¡Pero...! —chilló.

—Balas que no aciertan, Hartwell, eso es todo. Y tipos que saben simular que han recibido un balazo. Dese preso en nomb...

Jonah Hartwell lanzó un grito de rabia, saltando hacia su fusil acuático. Lo estaba enarbolando ya, bajo la mirada de la asustada y petrificada Emily, que ni siquiera parecía recordar que tenía su pistolita en la mano, cuando Daniel Chambers disparó su propio fusil acuático.

¡Fssss...!

El arpón se clavó en el hombro derecho de Jonah Hartwell, derribándolo violentamente. Gertrude se echó a llorar, estremeciéndose en brascas convulsiones. Daniel saltó

definitivamente a cubierta, fue hacia Hartwell y alejó de él el fusil que no había podido utilizar.

—Traiga esa pistolita, señorita Regan. Y, por favor, ponga rumbo a la base de guardacostas... ¿Sabe dónde está?

—Sí... Sí, sí...

—Tranquilícese. A fin de cuentas, el amigo Hartwell no la ha decapitado.

—Dios mío... ¿Por qué... tuvo que hacer eso...?

—Es elemental, bombón. Nick Bangs había estado con él en la cárcel. Si era identificado, quizá se le relacionase con sus antiguos compañeros de cárcel, con sus amigos o conocidos... El nombre de Jonah Hartwell podía salir a flote de un momento a otro. Entonces, lo mejor era dejar el cadáver de modo que no pudiese ser identificado. Por eso le cortó la cabeza y las manos, que habrían podido proporcionarnos las huellas dactilares. Pero, una araña sobre el corazón de Nick Bangs nos dio la pista. Hartwell, sin duda, no sabía que se archiva y se anota todo. Hay un gran fichero de identificación por señales especiales, como cicatrices, tatuajes, prótesis... Quien pasa por nuestros ficheros, queda marcado para siempre. Y hablando de otra cosa: ¿qué me dice de Alwin Gennerich?

—Supongo que... que ya no podré seguir con él, con el empleo...

—Mejor empleo es el de esposa, ¿no?

—Nunca... nunca podré casarme con Alwin. Si le dejé que lo fuese creyendo fue porque... Bueno, era un buen empleo, señor Chambers.

—Seguramente. Pero ahora tendrá que buscarse otro. Sin embargo, no debe preocuparse; usted es muy bonita y muy inteligente.

—¿Y un bombón?

—Pero sin veneno... —sonrió Daniel—. Espero que me perdone eso que dije; y que, en ciertos momentos, sospechase realmente de usted creyendo que, en verdad, era un bombón con veneno. Celebro haberme equivocado y... ¿Estoy perdonado?

Emily Regan parpadeó, fijos sus maravillosos ojos en los del policía.

—Tendré... que pensarlo, señor Chambers.

ESTE ES EL FINAL

Daniel entró en su apartamento hacia las diez de la noche, cansado, medio dormido... ¡Y todavía tenía que dar los últimos toques al informe! Se quedó apoyado de espaldas en la puerta, suspirando de cansancio.

De pronto se dio cuenta de que había luz en la cocina. Por un momento creyó que la había dejado encendida al marchar la última vez, pero...

Pero en aquel momento, la puerta de la cocina se abrió, y una silueta femenina quedó claramente iluminada.

—Buenas noches, señor Chambers.

Daniel respingó. Dio presurosamente la luz del *living* y se quedó boquiabierto, mirando a la muchacha.

—Señorita Regan... ¿Cómo entró aquí?

—Su amigo Pete me trajo, cuando acabé la declaración. Y me abrió con una ganzúa. Yo se lo pedí.

—Oh... ¡Demonios! ¿Qué está usted haciendo aquí?

—Café y unos bocadillos.

—Ah... ¿Ah, sí?

—Exactamente eso.

—Oiga, mire... Tengo muchas cosas que hacer, ¿sabe?

—Siempre igual... —suspiró ella—. ¿Qué es lo que tiene que hacer ahora?

—Pues... El informe. Eso es: el informe.

—¿Puedo ayudarle? Me apuesto algo a que escribo a máquina mejor y más deprisa que usted. No olvide que he sido secretaria privada.

—¿Me está... ofreciendo su ayuda?
—Eso es.
—Bueno... Quizá necesitemos todavía dos... o tres horas...
—Por eso prepararé café y bocadillos. Usted me dicta y yo escribo rápidamente a máquina. ¿Acepta el trato?
—Pues... Pero... Bueno, creo que me conviene... ¿No?
—Le conviene.
—Esto... Eee... Podemos... empezar...
—No hay prisa.
—Oh, sí la hay...
—¿Por qué?
—Demonios..., ¡no puede usted pasarse la noche aquí supongo!
Emily Regan alzó las cejas, como sorprendida, quitó la servilleta que se había sujetado a la cintura como delantal, y se acercó al policía. Le echó los brazos al cuello y susurró:
—¿Por qué no, Daniel? ¿No vamos a casarnos?
—Eee...
—¿No quieres otro bombón, Daniel?
—Pues...
—Voluntario y gratis, Daniel.
—Bueno, yo...
—Oh, qué tonto eres... Pero no importa: te daré el bombón...
Y se lo dio.
Sin veneno, claro...

FIN

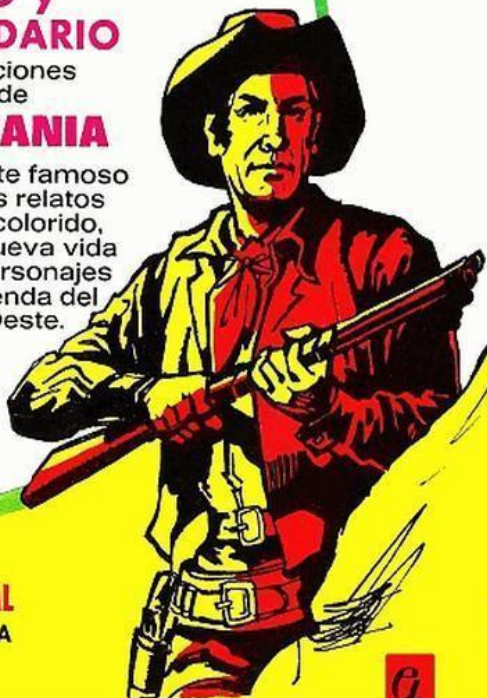
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] Téngase en cuenta que en Miami hay varias compañías de taxis. La mencionada por el autor presta, como varias más, veinticuatro horas de servicio ininterrumpido y sus coches están dotados de aire acondicionado, calefacción y radioteléfono. (Nota del editor). < <